

EL TROYADOR

Antonio García Gutiérrez



de

Antonio García Gutiérrez escribe, á lo largo de su carrera literaria, más de sesenta piezas distintas, entre sus obras dramáticas y poéticas, aunque le bastó una sola obra: *El Trovador*, para mantener su nombre con letras de oro en la historia de la literatura española. Se trata de una obra de ruptura con el teatro anterior en la que se reconoce la esencia del drama romántico. Se representó por primera vez en el Teatro del Príncipe de Madrid la noche del 1 de mayo de 1836, y su éxito, el más aplaudido y aclamado en la historia del teatro español según algunos, supuso todo un triunfo para el drama romántico que, desde años atrás, venía abriéndose camino en los escenarios españoles.

No cabe duda que el inmenso éxito que obtuvo *El Trovador* en su estreno fue en alguna medida la consecuencia de una favorable coyuntura social e histórica. Aparece en la escena española en el instante oportuno, preparado de antemano por otros escritores y otras obras. Pero el éxito no habría sido posible del todo sin que la obra fuese, de por sí, tan extraordinaria como la calificó la crítica, y muy especialmente el gran Mariano José de Larra.

Al día siguiente del estreno de *El Trovador* no se hablaba en Madrid de otra cosa que del *drama caballeresco*. El éxito fue total, no solo en lo teatral, sino en lo literario; la primera edición impresa de la obra se agotó en dos semanas. Cuentan que la mismísima Reina Gobernadora, María Cristina de Borbón, asistió á una representación, tras la cual mandó llamar al autor á su palco. Expresándole su entusiasmo, le concedió que pidiese una merced. García Gutiérrez «...le pidió *el canutillo*», que así se llamaba entonces á la licencia del servicio militar, por el tubo donde se encerraba el documento. En pocos días el gobierno de Mendizábal concedió tal licencia y el escritor, abandonando el ejército, se entregó á la producción teatral. Con ello, aquel joven que llegó desde Chiclana hasta la Corte con la maleta cargada de sueños empezaba una nueva vida llena de éxitos.

Es un drama en prosa y verso, algo deudor del *Macías* de Larra, y tiene por asunto la venganza de la gitana Azucena, que deja morir al trovador Manrique á manos del Conde de Luna. Salvo ella, todos ignoran que éstos son hermanos, ambos enfrentados políticamente y aspirantes á la mano de Leonor, quien ama verdaderamente á Manrique y termina envenenándose. La pieza, pues, como señala atinadamente Larra en su crítica de la misma, posee dos acciones estrechamente interconectadas, la derivada de la historia de amor y la relacionada con la venganza. Se halla ambientada en el Aragón del siglo XV y su acción se desarrolla fundamentalmente en el palacio de la Aljafería de Zaragoza. Su éxito motivó una refundición en verso (1851) de su propio autor.

La repercusión de esta obra fue enorme fuera de España, especialmente en Italia, donde Giuseppe Verdi, que atravesaba por entonces una etapa de gran inspiración, da forma á su ópera *Il Trovatore* en 1853, con libreto de Salvatore Cammarano, creando para ella su aria *Di quella pira*, una de las partituras más logradas de su autor.

La vigencia de *El trovador* en el mundo contemporáneo y la clave de su éxito en la ópera de Verdi se encuentran en los temas universales propuestos en el apasionado drama romántico y arreglados bajo una extraordinaria composición musical: el conflicto entre la superstición y la religión, los prejuicios y la intolerancia, la hipocresía y las apariencias, las guerras civiles y los problemas familiares, todos ellos válidos todavía á principios del siglo XXI.



Antonio García Gutiérrez

El trovador

Drama caballeresco en cinco jornadas en prosa y en verso

ePub r1.0
emiferro 01.03.17

Título original: *El trovador*

Antonio García Gutiérrez, 1836

N. sobre edición original: Imprenta de Repullés, Madrid, 1836

Ilustraciones: Las de la edición original

Diseño de cubierta: emiferro

Editor digital: emiferro

ePub base r1.2



EL TROVADOR,

DRAMA CABALLERESCO

EN CINCO JORNADAS

EN PROSA Y VERSO.

SU AUTOR

Don Antonio García Gutiérrez.



MADRID.

Imprenta de Repullés.

1836.

PERSONAGES^[a]

PERSONAGES.

D. Nuño de Artal, *conde de Luna*
D. Manrique.
D. Guillen de Sesé.
D. Lope de Urrea.
D.^a Leonor de Sesé.
D.^a Jimena.
Azucena.
Guzman. }
Jimeno. }
Ferrando. }
 } *Criados del conde de Luna*
Ruiz, *criado de D. Manrique.*
Un Soldado.
Soldados.
Sacerdotes.
Religiosas.

ACTORES.

D. J. Romea.
D. F. Latorre.
D. F. Romea.
D. P. Lopez.
D.^a C. Rodriguez.
D.^a I. Boldun.
D.^a B. Lamadrid.
} *D. N. Lombia.*
} *D. J. Fabiani.*
} *D. J. Guzman.*
D. G. Monreal



Aragón, Siglo XV.

JORNADA PRIMERA



El Duelo.

JORNADA PRIMERA.



Zaragoza: sala corta en el palacio de la Aljafería.

ESCENA PRIMERA.

GUZMAN. JIMENO. FERRANDO. (*Sentados*)

Jimeno. **N**adie mejor que yo puede saber esa historia, como que hace muy cerca de cuarenta años que estoy al servicio de los condes de Luna.

Fer. Siempre me lo han contado de diverso modo.

Guz. Y como... se abultan tanto las cosas...

Jimeno. Yo os lo contaré tal como ello pasó por los años de 1390. El conde don Lope de Artal vivía regularmente en Zaragoza, como que siempre estaba al lado de su alteza. Tenía dos niños: el uno que es don Nuño, nuestro muy querido amo, y contaba entonces seis meses poco más 6 menos, y el mayor que tendría dos años, llamado don Juan. Una noche entró en la casa del conde una de esas vagabundas, una gitana con ribetes de bruja, y sin decir

palabra se deslizó hácia la cámara donde dormia el mayorcito. Era ya bastante vieja...

Fer. Vieja y gitana? bruja sin duda.

Jimeno. Se sentó á su lado, y le estuvo mirando largo rato sin apartar de él los ojos un instante; pero los criados la vieron y la arrojáron á palos. Desde aquel dia empezó á enflaquecer el niño, á llorar continuamente; y por último, á los pocos dias cayó gravemente enfermo: la pícara de la bruja le habia hechizado.

Guz. Diantre!

Jimeno. Y aun su aya aseguró que en el silencio de la noche habia oido varias veces que andaba alguíen en su habitacion, y que una legion de brujas jugaban con el niño á la pelota, sacudiéndole furiosas contra la pared.

Fer. Qué horror! Yo me hubiera muerto de miedo.

Jimeno. Todo esto alarmó al conde, y tomó sus medidas para pillar á la gitana: cayó efectivamente en el garlito, y al otro dia fue quemada públicamente para escarmiento de viejas.

Guz. Cuánto me alegro! Y el chico?

Jimeno. Empezó á engordar inmediatamente.

Fer. Eso era natural.

Jimeno. Y á guiarse por mis consejos hubiera sido tambien tostada la hija, la hija de la hechicera.

Fer. Pues por supuesto...! Dime con quien andas...

Jimeno. No quisieron entenderme, y bien pronto tuvieron lugar de arrepentirse.

Guz. Cómo!

Jimeno. Desapareció el niño, que estaba ya tan rollizo que daba gusto verle; se le buscó por todas partes; y sabéis lo que se encontró? una hoguera recién apagada en el sitio donde murió la hechicera, y el esqueleto achicharrado del niño.

Fer. Cáspita! y no la atenacearon?

Jimeno. Buenas ganas teníamos todos de verla arder por vía de ensayo para el infierno, pero no pudimos atraparla, y sin embargo, si la viese ahora...

Guz. La conoceriais?

Jimeno. A pesar de los años que han pasado, sin duda.

Fer. Pero también apostaré yo cien florines á que el alma de su madre está ardiendo ahora en las parrillas de Satanás.

Guz. Se entiende.

Jimeno. Pues.... mis dudas tengo yo en cuanto á eso.

Guz. Que decis?

Jimeno. Desde el suceso que acabo de contaros no ha dejado de haber lances diabólicos... yo diría que el alma de la gitana tiene demasiado que hacer para irse tan pronto al infierno.

Fer. Jum...! jum...!

Jimeno. He dicho algo?

Fer. Preguntádmelo á mí.

Guz. La habeis visto?

Fer. Mas de una vez.

Guz. A la gitana...?

Fer. No, qué disparate! no... al alma de la gitana: unas veces bajo la figura de un cuervo negro; de noche regularmente en

buho. Ultimamente, noches pasadas se transformó en lechuza.

Guz. Cáspita!

Jimeno. Adelante.

Fer. Y se entró en mi cuarto á sorberse el aceite de mi lámpara: yo empecé á rezar un *Padre nuestro* en voz baja... ni por esas: apagó la luz y me empezó á mirar con unos ojos tan relucientes! se me erizó el cabello: tenia un no sé qué de diabólico y de infernal aquel enantoso animalejo! Ultimamente, empezó á revolotear por la alcoba... yo sentí en mi boca el frio beso de un labio inmundo, dí un grito de terror exclamando: *Jesus!* y la bruja espantada lanzó un prolongado chillido precipitándose furiosa por la ventana.

Guz. Me contais cosas estupendas! y en pago del buen rato que me habeis hecho pasar, voy á contaros otras no menos raras y curiosas, pero que tienen la ventaja de ser mas recientes.

Fer. Cómo!

Guz. Se entiende que nada de esto debe traslucirse, porque es una cosa que solo á mí, á mi particularmente se me ha confiado.

Jimeno. Pero de quién?

Guz. De otro modo me mataria el conde.

Fer. y *Jimeno.* El conde!

Guz. Pero todo ello no es nada, nada, travesuras de la juventud. No sabeis que está perdidamente enamorado de doña Leonor de Sese?

Jimeno. La hermana de don Guillen, de ese hidalgo orgulloso...

Fer. La mas hermosa dama del servicio de la reina.

Guz. Seguro.

Fer. Y que está tan enamorada de aquel trovador que en tiempo de antaño venia á quitarnos el sueño por la noche con su cántico sempiterno.

Guz. Y que viene todavía.

Jimeno. Cómo! Pues no dicen que está con el conde de Urgel, que en mal hora naciera, ayudándole á conquistar la corona de Aragon?

Guz. Pues á pesar de eso...

Fer. Atrevete á galantear á una de las primeras damas de su alteza. Un hombre sin solar, digo, que sepamos.

Jimeno. No negareis sin embargo que es un caballero valiente y galan.

Guz. Sí, eso si; pero en cuanto á lo demas... Y luego, quién en él? dónde está el encndo de sus armas? Lo que me decia anoche el conde: "Tal vez será algun noble pobreton, algun hidalgo de gotera."

Jimeno. Pero al cuento.

Guz. Al cuento: ya sabeis que yo gozo de la confianza del conde; anoche me dijo, estando los dos solos en su cuarto: "Escucha, Guzman, quiero que me acompañes: solo á tí me atrevo á confiar mis dosignios, porque siempre me has sido fiel: esta noche ha de ser fatal para mi, ó he de llegar al colmo de la felicidad suprema." Sígueme, añadió, y atravesó con paso precipitado las galería, instruyéndome en el camino de su proyecto.

Jimeno. Y qué?

Guz. Su intento era entrar en la habitacion de Leonor, para lo cual se habia proporcionado una llave.

Jimeno. Cómo...! en palacio...! y se atrevió al fin?

Guz. Entró efectivamente; pero en el momento mismo. cuando lleno de amor y de esperanza se lo figuraba que iba á tocar la felicidad suprema, un prelude del laud del maldito trovador vino á sacarle de su delirio.

Fer. Del trovador!

Guz. Del mismo: estaba en el jardin. Alli, dijo don Nuño con un acento terrible, alli entará tambien ella; y bajó furioso la escalera. La noche era oscurísima; el importuno cantor, que nunca pulsó el laud á peor tiempo, se retiró creyendo sin duda que era mi amo algun curioso escudero: á poco rato bajó la virtuosa Leonor, y equivocando á mi señor con su amante, le condujo silenciosamente á lo mas oculto del jardin. Bien pronto las atrevidas palabra del conde le hicieron conocer con quién se las habia... la luna, hasta entonces prudentemente encubierta con una nube espesísima, hizo brillar un instante el acero del zeloso cantor delante del pecho de mi amo: poco duró el combate, la espada del conde cayó á los pies de su rival, y un momento despues ya no habia un alma en todo el jardin.

Jimeno. Y no os parece, como á mi, que el conde hace muy mal en esponer asi su vida? Y si llegan á saber sus altezas semejantes locuras...

Guz. Calle...! parece que se ha levantado ya...

Jimeno. Temprano para lo que ha dormido.

Fer. Los enamorados dicen que no duermen.

Guz. Vamos allá, no nos eche de menos.

Fer. Y hoy que estará de mala guisa.

Jimeno. Sí, vamos.



[b]

ESCENA II.

Cámara de doña Leonor en el palacio.

LEONOR. JIMENA. DON GUILLEN.

Gui. Mil quejas tengo que daros
si oirme, hermana, quereis.

Leo. Hablar, don Guillen, podeis,
que pronta estoy á escucharos.
Si á hablar del conde venis
que será en vano os advierto,
y me enojaré por cierto
si en tal tema persistis.

Gui. Poco estimais, Leonor,
el brillo de vuestra cuna
menospreciando al de Luna
por un simple trovador.
Qué vísteis, hermana, en él
para asi tratarlo impía?
No supera en bizarría
al mas apusato doncel?
A caballo, en el torneo
no admirásteis su pujanza?
A los botes de su lanza...

Leo. Que cayó de un bote creo.

Gui. En fin, mi palabra di
de que suya habeis de ser,
y cumplirla he menester.

Leo. Y vos diaponéis de mi?

Gui. O soy ó no vuestro hermano.

Leo. Nunca lo fuerais por Dios,
que me dió mi madre en vos
en vez de amigo un tirano.

Gui. En fin, ya os dijo mi intento:
ved cómo se ha de cumplir.

Leo. No lo eapereis.

Gui. O vivir
encerrada en un convento.

Leo. Lo del convento mas bien.

Gui. Eso tu audacia responde?

Leo. Que nunca seré del conde...
nunca; lo ois, don Guillen?

Gui. Yo haré que mi voluntad
se cumpla, aunque os pese á vos.

Leo. Idos, hermano, con Dios.

Gui. Loonor...! á Dios os quedad.



ESCENA III.

LEONOR. JIMENA.

Leo. Lo oíste? Negra fortuna!
Ya ni esperanza ninguna,
ningún consuelo me resta.

Jimena. Mas por qué por el de Luna
tanto empeño manifiesta?

Leo. Esa soberbia ambicion
que le ciega y le devora
es ¡triste! mi perdicion.
Y quiere que al que me adora
arroje del corazón!
Yo al conde no puedo amar,
le detesto con el alma;
él vino, ¡ay Dios! á turbar
de mi corazón la calma
y mi dicha á emponzoñar.
Por qué perseguirme así?

Jimena. Desde anoche le aborrezco
más y más.

Leo. Yo que creí
que era Manrique... Ay de mí!
Todavía me estremezco.
Por él me aborrece ya.

Jimena. Don Manrique?

Leo. Sí, Jimena.

Jimena. De vuestro amor dudaré.

Leo. Celoso del conde está,
y sin culpa me condena. (*Llora.*)

Jimena. Siempre llorando mi amiga?
No cesas...

Leo. Llorando, sí;
yo para llorar nací;
mi negra estrella enemiga,
mi suerte lo quiere así.
Despreciada, aborrecida
del que amante idolatré,
qué es ya para mí la vida?
Y él creyó que envilecida
vendiera á otro amor mi fe.
No, jamás... la pompa, el oro,
guárdelos el conde allá;
ven, Trovador, y mi lloro
te dirá cómo te adoro,
y mi angustia te dirá.
Mírame aquí prosternada;
ven á calmar la inquietud...
de esta mujer desdichada:
tuyo es mi amor, mi virtud...
Me quieres más humillada?

Jimena. Qué haces, Leonor?

Leo. Yo no sé...
alguien viene.

Jimena. Él es, por Dios!
Y dudabas de su fe?

Leo. Jimena!

Jimena. Te estorbaré
solos os dejo á los dos.



ESCENA IV.

LEONOR. MANRIQUE. (*Rebozado.*)

Leo. ¡Manrique! eres tú?

Man. Yo, sí...

No tembleis.

Leo. No tiemblo yo:
mas si alguno entrar te vio...

Man. Nadie.

Leo. Qué buscas aquí?
Qué buscas?... ah! Por piedad...

Man. Os pesa de mi venida?

Leo. No, Manrique, por mi vida;
me buskais á mí, es verdad?
Sí, sí... yo apenas pudiera
tanta ventura creer:
lo ves? lloro de placer.

Man. Quién, perjura, te creyera!

Leo. Perjura!

Man. Mil veces, sí...
Mas no pienses que insensato
a obligar á un pecho ingrato,
a implorarte vine aquí.
No vengo lleno de amor
cual un tiempo...

Leo. Desdichada!

Man. Temblais?

Leo. No, no tengo nada...

pero temo tu rigor.

Quién dijo, Manrique, quién,

que yo olvidarte pudiera

infiel, y tu amor vendiera,

tu amor, que es solo mi bien!

Mis lágrimas no bastaron

a arrancar de tu razón

esa funesta ilusión?

Man. Harto tiempo me engañaron.

Demasiado te creí

mientras tierna me halagabas

y, pérfida, me engañabas.

Qué necio, qué necio fui!

Pero no, no impunemente

gozarás de tu traición:

yo partiré el corazón

de ese rival insolente.

Tus lágrimas! yo creer

podría, Leonor, en ellas

cuando con tiernas querellas

a otro halagabas ayer?

No te vi yo mismo, di?

Leo. Sí; pero juzgué engañada

que eras tú; con voz pausada

cantar una trova oí.

Era tu voz, tu laúd,

era el canto seductor

de un amante trovador

lleno de tierna inquietud.

Turbada perdí mi calma,

se estremeció el corazón,
y una celeste ilusión
me abrasó de amor el alma.
Me pareció que te vía
en la oscuridad profunda
que á la luna moribunda,
tu penacho descubría.
Me figuré verte allí
con melancólica frente
suspirando tristemente
tal vez, Manrique, por mí.
No me engañaba... un temblor
me sobrecogió un instante...
Era sin duda mi amante,
era ¡ay Dios! mi trovador.

Man. Si fuera verdad, mi vida
y mil vidas que tuviera,
ángel hermoso, te diera.

Leo. No te soy aborrecida?

Man. Tú, Leonor? Pues por quién
así en Zaragoza entrara,
Por quién la muerte arrostrara
sino por ti, por mi bien?
¡Aborrecerte! Quién pudo
aborrecerte, Leonor?

Leo. No dudas ya de mi amor,
Manrique?

Man. No; ya no dudo.
Ni así pudiera vivir:
me amas, es verdad? lo creo,
porque creerte deseo
para amarte y ecsistir.

Porque la muerte me fuera
más grata que tu desdén.

Leo. Trovador!

Man. No más: ya es bien
que parta.

Leo. No vuelvo á verte?

Man. Hoy no, muy tarde será.

Leo. Tan pronto te marchas?

Man. Hoy:
ya se sabe que aquí estoy;
buscándome estan quizá.

Leo. Sí, vete.

Man. Muy pronto fiel
me verás, Leonor, mi gloria,
cuando el cielo dé victoria
a las armas del de Urgel.
Retírate... viene alguno.

Leo. ¡Es el conde!

Man. Vete.

Leo. Cielos!

Man. Mal os curasteis mis zelos...
Qué busca aquí este importuno?



ESCENA V.

MANRIQUE. DON NUÑO.

Nuño. Qué hombre es este?

Man. Guárdeos Dios
muchos años, el de Luna.

Nuño. (Pesia mi negra fortuna!)

Man. Caballero, hablo con vos:
si porque encubierto estoy...

Nuño. Si decirme algo teneis,
descubrid...

Man. Me conoceis? (*Descubriéndose.*)

Nuño. ¡Vos, Manrique!

Man. El mismo soy.

Nuño. Cuando á la ley sois infiel
y cuando proscrito estais,
así en palacio os entrais,
partidario del de Urgel?

Man. Debo temer por ventura,
conde, de vos?

Nuño. Un traidor...

Man. Nunca; vuestro mismo honor
de vos mismo me asegura.
Siempre fuísteis caballero.

Nuño. Qué buscais, Manrique, aquí?

Man. A vos, señor conde.

Nuño. A mí?

Para qué saber espero.

Man. No lo adivináis?

Nuño. Tal vez.

Man. Siempre enemigos los dos
hemos sido.

Nuño. Sí, por Dios.

Man. Pensáislo con madurez.

Nuño. Pienso que atrevido y necio
anduvisteis en retar
a quien débeos contestar
tan sólo con el desprecio.
Qué hay de común en los dos?
Hablais al conde de Luna,
hidalgo de pobre cuna.

Man. Y bueno tal como vos.
En fin, no admitís el duelo?

Nuño. Y lo pudisteis pensar?
Yo hasta vos he de bajar?

Man. No me insulteis, vive el cielo,
que si la espada desnudo
la vil lengua os cortaré.

Nuño. A mí, villano? No sé (*Sacando la espada.*)
cómo en castigarte dudo.
Mas tú lo quieres.

Man. Salgamos.

Nuño. Sacad el infame acero.

Man. Don Nuño, fuera os espero;
cuidad que en palacio estamos.

Nuño. Cobarde, no escucho nada.

Man. Ved, conde, que os engañais...
Vos... Vos cobarde llamais
al que es dueño de esta espada!

Nuño. La mía... Y lo sufro, no...

Man. A recobrarla venid.

Nuño. No, que no sois, advertid,
caballero como yo.

Man. Tal vez os equivocais.
Y habladme con más espacio
mientras estamos en palacio.
Os aguardo.

Nuño. Dónde vais?

Man. Al campo, Don Nuño, voy
donde probaros espero
que si vos sois caballero...
caballero también soy.

Nuño. Os atreveis?...

Man. Sí, venid.

Nuño. Trovador, no me insulteis
si en algo el vivir teneis.

Man. Don Nuño, pronto, salid.



JORNADA SEGUNDA



El Convento.

JORNADA SEGUNDA.



Cámara de don Nuño.

ESCENA PRIMERA.

—
DON NUÑO. DON GUILLEN.

Nuño. Don Guillen?

Gui. Guárdeos el cielo.

Nuño. Qué hay de nuevo en la ciudad?

Gui Qué! aun no sabeis...?

Nuño. Asentad.

Gui. Todos lloran sin consuelo.

Nuño. ¡Cómo!

Gui. La traicion impía
que en yermo á Aragón convierte,
dio al arzobispo la muerte.

Nuño. Qué decís? á don García?

Gui. Ahora se acaba de hallar
su cadáver junto al muro,

que de la noche en lo oscuro
le debieron de matar.
Murió como bueno y fiel...

Nuño. Siempre lo fue don García.

Gui. Porque osado combatía
la pretension del de Urgel.

Nuño. ¡Infame y cobarde accion
que he de vengar por quien soy!

Gui. Conde...

Nuño. Sabed que desde hoy
soy justicia de Aragón,
y si mi poder alcanza
a los traidores, os juro
por mi honor, como el sol puro,
que han de sentir mi venganza.

Gui. Pero dejando esto á un lado.
que importa mas vuestra vida,
cómo os va de aquella herida?

Nuño. Me siento muy mejorado.

Gui. Ya era tiempo.

Nuño. Un año hará
que lo recibí por Cristo:
muy cerca la muerte he visto,
mas bueno me siento ya.

Gui. La suerte al fin del traidor
os dió la venganza presto.

Nuño. No me hableis, Guillen, en esto;
habladme de Leonor:
que hace un año, mas de un año.
mientras me duró mi herida,

que no me hablais por mi vida
de vuestra hermana, y lo estraño.

Gui. Don Nuño...!

Nuño. Desque dejó
el servicio de su Alteza,
de contemplar su belleza
dura también me privó.
Consiente al fin en unir
su suerte á la mia?
Se muestra menos impía?

Gui. Conde, que os puedo decir?
En vano fue amenazar,
y nada alcanzó mi ruego;
esposa de Dios va luego
á postrarse ante el altar.

Nuño. Encerrarse en un convento!
Eso prefiere mas bien?

Gui. En el de Jerusalem
va á profesar al convento.

Nuño. Ingrata!

Gui. Cuando el rumor
llegó, don Nuño, á su oído,
de que había sucumbido
en Velilla el Trovador,
desesperada, llorosa...

Nuño. Y no ha medio, don Guillén...!

Gui. Ninguno; ni ya está bien...

Nuño. Decís que aún no es religiosa?

Gui. Pero lo será muy luego.

Nuño. Iré yo á verla, yo iré;
Si es fuerza, la rogaré.

Gui. Despreciará vuestro ruego.

Nuño. Tan en extremo enojada
está?

Gui. No sabeis, señor,
que no hay tirano mayor
que la mujer si es rogada?

Nuño. Pues bien, la arrebataré
a los pies del mismo altar;
Si ella no me quiere amar,
yo á amarme la obligaré.

Gui. ¡Conde!

Nuño. ¡Sí, sí! ¡Loco estoy!
No os enojeis, no he querido
ofender...

Gui. Noble he nacido,
y noble, don Nuño, soy.

Nuño. ¡Basta! Ya sé, don Guillén,
que es ilustre vuestra cuna.

Gui. Y jamás mancha ninguna
la oscurecerá.

Nuño. Está bien:
dejadme.

Gui. Quién más que yo
este enlace estimaría?
Mas si amengua mi hidalguía,
no quiero tal dicha, no.

Nuño. Decís bien.

Gui. Si os ofendí...

Nuño. No, dejadme; fuera estan
mis criados; á Guzmán
que entre, direis.

Gui. Lo haré así.



ESCENA II.

DON NUÑO. *Despues* GUZMAN.

Nuño. Gracias á Dios se fue ya,
que por cierto me aburría.
Qué vano con su hidalguía
el buen caballero está!
Que no me quiera servir
será diligencia vana:
o ha de ser mia su hermana,
o por ella he de morir.

Guz. Señor?

Nuño. Cierra la puerta.

Guz. Qué teneis que mandarme?

Nuño. Siéntate.

Guz. En vuestra presencia, señor!

Nuño. Sí: quiero darte esta prueba mas de mi aprecio: voy á encargarte de una comision arriesgada... te atreverás á hacer lo que te diga?

Guz. A todo estoy pronto.

Nuño. Piénsalo bien.

Guz. Aunque me costara la vida; podeis disponer de mí.

Nuño. Ya lo sé, Guzman; nunca has dejado de serme fiel.

Guz. Y lo seré siempre.

Nuño. Yo también sabré recompensarte. Bien conoces á doña Leonor de Sese, y sabes lo que por ella he padecido.

Guz. Demasiado, señor.

Nuño. Y hoy la voy á perder para siempre sino me ayuda tu arrojo. Yo debía haberla olvidado, pero mi corazon, y tal vez mi orgullo, se han resentido ya en extremo... me es imposible no amarla. Cuando murio Manrique en el ataque de Velilla creí que resignándose con su suerte, se tendria por muy dichosa en dar la mano al conde de Luna, en llevar su apellido noble y brillante: me engañé... apenas podria creerlo, ha preferido encerrarse con su orgullo en un claustro. Hoy mismo debe confesar en el convento de Jerusalem.

Guz. Hoy mismo!

Nuño. Si; yo no quiero que este acto se verifique.

Guz. Como estorbarlo?

Nuño. No me comprendes?

Guz. Mandad.

Nuño. Yo te prometo que nada sucederá: el rey acaba de hacerme justicia mayor de Aragon; de consiguiente contra ti no se hará justicia. El pueblo está consternado con la muerte violenta que han dado los rebeldes al arzobispo; el rey necesita de mí y de mis vasallos en estos momentos críticos; todo nos favorece.

Guz. Cierto.

Nuño. Cuál de mis criados te parece mas á propósito para que vaya contigo.

Guz. Ferrando.

Nuño. Dile que te acompañe: yo también le recompensaré.

Guz. Ois? (Tocan á la puerta.)

Nuño. Abre?



ESCENA III.

LOS MISMOS. DON LOPE.

Lope. Su alteza os manda llamar, conde.

Nuño. Su alteza?

Lope. Parece que está algo alborotada la ciudad con ciertas noticias que ha traído un corredor del ejército.

Nuño. Pue qué hay?

Lope. Los rebeldes han entrado á saco á Castellar; y se suena tambien que algunos de ellos se han introducido en Zaragoza, y que esta noche ha de haber revuelta.

Nuño. Imposible.

Lope. La ciudad está casi desierta; todos se han consternado; pero lo mas particular...

Nuño. Asi podrás con más facilidad... (*Aparte á Guzman.*)

Guz. Voy.

Nuño. Escucha: supongo que no encontrarás resistencia; si la hallares haz uso de la espada.

Guz. En la misma iglesia?

Nuño. En cualquier parte.

Guz. Verdad es que en un tiempo en que se matan arzobispos...

Nuño. Me has entendido... á Dios.



ESCENA IV.

DON NUÑO. DON LOPE.

Lope. Como decia, lo que mas me ha admirado de todo ello, y lo que á vos sin duda tambien sorprenderá, es la voz que corre de que el que acaudillaba á los rebeldes en la entrada del castillo era un difunto.

Nuño. Don Lope!

Lope. No adivináis quién sea?

Nuño. Yo... no conozco fantasmas.

Lope. Pues bien le conociais, y le odiabais muy particularmente.

Nuño. Quién?

Lope. E. trovador.

Nuño. Manrique? No se encontró su cadáver en el combate de Velilla?

Lope. Asi se dijo, aunque ninguno le conocia en persona.

Nuño. Si no era él!

Lope. No sería, ó como yo mas bien creo...

Nuño. Qué?

Lope. Debe de haber en esto algo de arte del diablo.

Nuño. Silencio! Os quereis burlar?

Lope. No, por mi vida.

Nuño. Y está en el castillo.

Lope. No, en Zaragoza.

Nuño. Aquí?

Lope. Así lo ha dicho quien lo vió á la madrugada cerca de la puerta del Sol.

Nuño. Y él será tal vez el caudillo de la trama...

Lope. Él es á lo menos el mas osado, y por consiguiente el mas á propósito...

Nuño. Plugiera á Dios que así fuese.

Lope. Nadie lo duda en la ciudad.

Nuño. Deciais que me llamaba su alteza.

Lope. Seguramente.

Nuño. A Dios, don Lope; esta noche los castigaremos si se atreven.

Lope. Yo lo espero...



ESCENA V.

DON LOPE.

Lope. Pues no las tengo yo todas conmigo... y si los soldados son como el caudillo... ¡pardiez! un ejercito de fantasmas, una falange espiritual.



ESCENA VI.

En el fondo del teatro se verá la reja del locutorio de un convento: tres puertas, una al lado de la reja que comunica con el interior del claustro, otra á la derecha que va á la iglesia, y la otra á la izquierda que figura ser la entrada de la calle.

Se dejan ver algunas religiosas en el locutorio: la puerta que está al lado de la reja se abre, y aparece LEONOR apoyada del brazo de JIMENA: las rodean algunos sacerdotes y religiosas.

Leo. Jimena!

Jimena. Al fin abandonas
a tu amiga.

Leo. Quiera el cielo
hacerte á tí mas feliz,
tanto como yo deseo.

Jimena. Por qué obstinarse?

Leo. Es preciso:
ya no hay en el universo
nada que me haga apreciar
esta vida que aborrezco.
Aqui de Dios en las aras
no veré, amiga, á lo menos
a esos tiranos impíos
que causa de mi mal fueron.

Jimena. Ni una esperanza...

Leo. Ninguna:
él murió ya.

Jimena. Tal vez luego
se borrará de tu mente
ese recuerdo funesto.
El mal como la ventura
todo pasa con el tiempo.

Leo. Estoy resuelta; ya no hay
felicidad, ni la quiero,
en el mundo para mí:
solo morir apetezco.
Acompáñame, Jimena.

Jimena. Estás temblando.

Leo. Sí, tiemblo
porque á ofrecer voy á Dios
con pérfido juramento.

Jimena. Qué dices?

Leo. Ay! todavía
delante de mí tengo,
y Dios, y el altar y el mundo
olvido cuando lo veo.
Y siempre viéndole estoy
amante, dichoso y tierno...
mas no ecsiste, es ilusorio
que imagina mi deseo.
Vamos.

Jimena. Leonor!

Leo. Vamos pronto;
le olvidaré, lo prometo.
Dios me ayudará... sostenme,
que apenas tenerme puedo.



ESCENA VII.

*Queda la escena un momento sola: salen por la izquierda don
MANRIQUE con el rostro cubierto con la celada, y RUIZ.*

Ruiz. Este es el convento.

Man. Sí,
Ruiz, pero nada veo.
Si te engañaron?

Ruiz. No creo...

Man. Estás cierto que era aquí?

Ruiz. Seños, muy cierto.

Man. Sin duda
tomó ya el velo.

Ruiz. Quizá.

Man. Ya esposa de Dios será,
ya el ara santa la escuda.

Ruiz. Pero...

Man. Déjame, Ruiz;
ya para mí no hay consuelo.
Por qué me dió vida el cielo
si ha de ser tan infeliz?

Ruiz. Mas qué causa pudo haber
para que así consagrara
tanta hermosura en el ara?
Mucho debió padecer.

Man. Nuevas falsas de mi muerte
en los campos de Velilla
corrieron, cuando en Castilla
estaba yo.

Ruiz. De esa suerte...

Man. Persiguiéronla inhumanos
que envidiaban nuestro amor,
y ella busca al Redentor
huyendo de sus tiranos.
Si supiera que aun ecsisto
para adorarla... no, no...
ya olvidarte debo yo,
esposa de Jesucristo.

Ruiz. Qué haceis? Callad.

Man. Loco estoy...

Y cómo no estarlo ¡ay cielo!
si infelice mi consuelo
pierdo y más delicias hoy?
No los perderé: Ruiz,
déjame.

Ruiz. Qué vais á hacer?

Man. Pudiérala acaso ver...
con esto fuera feliz.

Ruiz. Aquí el locutorio está.

Man. Vete.

Ruiz. Fuera estoy.



ESCENA VIII.

MANRIQUE. *Despues* GUZMAN. FERRANDO.

Man. Qué haré?
turbado estoy... llamaré?
Tal vez orando estará.
Acaso en este momento
llora cuitada por mí:
nadie viene... por aquí...
en la iglesia del convento.

Fer. Tarde llegamos, Guzman.

Guz. Quién es ese hombre?

Fer. No sé.

(Las religiosas cantarán dentro un responso: el canto no cesará hasta un momento después de concluida la jornada)

Guz. Oyes el canto?

Fer. Sí á fé.

Guz. En la ceremonia estan.

Man. Qué escucho... cielos! es ella...

(mirando á la puerta de la iglesia)
Alli está bañada en llanto,
junto al altar sacrosanto,
y con su dolor mas bella.

Guz. No es esa la iglesia?

Fer. Vamos.

Man. Ya se acercan hácia aquí.

Fer. Espérate.

Guz. Vienen?

Fer. Sí.

Man. No, que no me encuentre... huyamos.

(Quiere huir, pero deteniéndose de pronto se apoya vacilando en la reja del locutorio. Leonor, Jimena y el séquito salen de la iglesia y se dirigen á la puerta del claustro; pero al pasar al lado de Manrique éste alza la visera, y Leonor reconociéndole cae desmayada á sus pies. Las religiosas aparecen en el locutorio llevando velas encendidas.)

Guz. Esta es la ocasion... valor.

Leo. Quién es aquel? mi deseo (*A Jimena*)
me engaña... Sí, es él!

Jimena. Qué veo!

Leo. Ah! Manrique...!

Guz y Fer. El trovador!



JORNADA TERCERA



La Gitana.

JORNADA TERCERA.



Interior de una cabaña: la Azuzena estará sentada cerca e una hoguera: Manrique á su lado de pie.

ESCENA PRIMERA.

MANRIQUE. AZUZENA. (*Canta*)

Jimeno. Nadie mejor.

Azu. Bramando está el pueblo indómito
de la hoguera en derredor;
al ver ya cerca la víctima
gritos lanza de furor.
Alli viene; el rostro pálido,
sus miradas de temor,
brillan de la llama trémula
al siniestro replandor.

Man. Qué triste es esa canción!

Azu. Tu no conoces esta historia, aunque nadie mejor que tú
pudiera saberla.

Man. Yo...?

Azu. Te separaste tan niño de mi lado, ingrato! abandonaste á tu madre por seguir á un desconocido...

Man. A don Diego de Haro, señor de Vizcaya.

Azu. Pero que no te amaba tanto como yo.

Man. Mi objeto era el haceros feliz... las montañas de Vizcaya no podian suministrar á mi ambicion recursos para elevarme á la altura de mis ilusiones. Seguí á don Diego hasta Zaragoza porque se decidió á protegerme; y yo decia de mí: "Algún día sacaré á mi madre de la miseria;" pero vos no lo habeis querido.

Azu. No, soy feliz: yo no ambiciono alcázares dorados: tengo bastante con mi libertad y con las montañas donde vivieron siempre nuestros padres.

Man. Siempre!

Azu. Pero, hijo mío, la pobreza tiene muchos inconvenientes, y tu familia los ha experimentado muy terribles.

Man. Mi familia?

Azu. Nada me has preguntado nunca acerca de ella.

Man. No me he atrevido... no sé por qué se me ha figurado que me habias de contar alguna cosa horrible.

Azu. Tienes razon, una cosa horrible...! Yo para recordarlo no podría menos de estremecerme... ves esa hoguera? sabes tú lo que significa esa hoguera? Yo no puedo mirarla sin que se me despegue la carne del hueso, y no puedo apartarla de mí, porque el frio de la noche hiela todo mi cuerpo.

Man. Pero por qué os habesis querido fijar en este sitio?

Azu. Porque este sitio tiene para mí recuerdos muy profundos... desde aquei se descubren los muros de Zaragoza... este era, est, el sitio donde murió.

Man. Quién, madre mia?

Azu. Es verdad, tú no lo sabes, y sin embargo era mi madre, mi pobre madre, que nunca había hecho daño a nadie. Pero dieron en decir que era bruja...!

Man. Vuestra madres?

Azu. Sí: la acusaron de haber hecho mal de ojo al hijo de un caballero, de un conde. No hubo compasión para ella, y la condenaron a ser quemada viva.

Man. Qué horror! bárbaros... y lo consumaron?

Azu. En este mismo sitio, donde está esa hoguera.

Man. Gran Dios!

Azu. Yo la seguía de lejos, llorando mucho, como quien llora por una madre. Llevaba yo a mi hijo en los brazos, a tí; mi madre volvió tres veces la cabeza para mirarme y bendecirme. La última vez, cerca del suplicio... allí, me miró haciendo un gesto espantoso, y con una voz ahogada y ronca me gritó: "Véngame!" Aquella palabra! no la puedo olvidar aquella palabra... se grabó en mi alma, en todos mis sentidos, y yo juré vengarla de una manera horrorosa.

Man. Sí, y la vengásteis... es verdad? Tendría un placer en saberlo. Mil crímenes, mil muertes no eran bastantes.

Azu. Pocos días después tuve ocasión de conseguirlo. Yo no hacía otra cosa que rodear la casa del conde que había sido causa de la muerte de aquella desgraciada... un día logré introducirme en ella y le arrebaté el niño, y dos minutos después ya estaba yo en este sitio, donde tenía preparada la hoguera.

Man. Y tuviste valor...?

Azu. El inocente lloraba y parecía querer implorar mi compasión... Tal vez me acariciaba... Dios mío, yo no tuve valor... yo también era madre... (*Llorando.*)

Man. Y en fin...?

Azu. Yo no había olvidado, sin embargo, a la infeliz que me había dado el ser; pero los lamentos de aquella infeliz criatura me desarmaban, me ragaban el corazón. Esta lucha era superior a mis fuerzas, y bien pronto se apoderó de mí una convulsión violenta... yo oía confusamente los chillidos del niño y aquel grito que me decía: "Véngame!" Pero de repente, y como en un sueño, se me puso delante de los ojos aquel suplicio, los soldados con sus picas, mi madre desgreñada y pálida, que con paso trémulo caminaba despacio, muy despacio, hacia la muerte, y que volvía la cabeza para mirarme, para decirme: Véngame! Un furor desesperado se apoderó de mí, y desatentada y frenética tendí las manos buscando una víctima: la encontré, la así con una fuerza convulsiva, y la precipité entre las llamas. Sus gritos horrorosos ya no sirvieron sino para sacarme de aquel enagenamiento mortal... abrí los ojos, los tendí a todas partes... la hoguera consumía una víctima, y el hijo del conde estaba allí. (*Señalando a la izquierda.*)

Man. Desgraciada!

Azu. Había quemado a mi hijo.

Man. Vuestro hijo! Pues quién soy yo, quién...? Todo lo veo.

Azu. Te he dicho que había quemado a mi hijo...? no... he querido burlarme de tu ambición... tú eres mi hijo; el del conde, sí, el del conde era el que abrasaban las llamas... no quieres tú que yo sea tu madre?

Man. Perdonad.

Azu. Ingrato! No te he prodigado una ternura sin límites?

Man. Perdonad: merezco vuestras reconvenciones. Mil veces dentro en mi corazón, os lo confieso, he deseado que no fueseis mi madre, no porque no os quiera con toda mi alma, sino porque ambiciono un nombre, un nombre que me falta. Mil veces digo para mí, si yo fuese un Lanuza, un Urrea...

Azu. Un Artal...

Man. No, un Artal no, es apellido que detesto; primero el hijo de un confeso. Pero á pesar de mi ambicion, os amo, madre mia; no... yo no quiero sino ser vuestro hijo. Qué me importa un nombre? mi corazón es tan grande como el de un rey... qué noble ha doblado nunca mi brazo?

Azu. Sí, sí; á qué ambicionar mas?

Man. Aun no viene. (*Llegandose á la puerta*)

Azu. Pero sin embargo, estás muy triste... te devora algun pesar secreto? Sientes tú haber nacido de unos padres tan humildes? No temas, yo no diré á nadie que soy tu madre, me contentaré con decírmelo á mí misma, y en vanagloriarme interiormente. Estás contento?



ESCENA II.

LOS MISMOS. RUIZ.

Man. Ahí está.

Azu. Esperabas á ese hombre?

Man. Sí, madre.

Azu. No temas, no me verá. (Se aparta á un lado.)

Ruiz. Estais pronto?

Man. Eres tú, Ruiz?

Ruiz. El mismo; todo está preparado.

Man. Marchemos.



ESCENA III.

AZUZENA.

Se ha ido sin decirme nada, sin mirarme siquiera. Ingrato! no parece sino que conoce mi secreto... ah! que no sepa nunca... Si yo le dijera: "Tú no eres mi hijo, tu familia lleva un nombre esclarecido, no me perteneces..." me despreciaría, y me dejaría abandonada en la vejez. Estuvo en poco que no se lo descubriera... ah! no, no lo sabrá nunca... Por qué le perdoné la vida sino para que fuera mi hijo.



ESCENA IV.

El teatro representa una celda: en el fono á la izquierda habrá un reclinatorio, en el cual estara arrodillada LEONOR: se ve un Crucifijo pendiente de la pared delante del reclinatorio.

Leo Ya el sacrificio que odié
mi labio trémulo y frio
consumó... perdon, Dios mio,
perdona si te ultrajé.
Llorar triste y suspirar
solo puedo; ay Señor, no...
tuya no debo ser yo,
recházame de tu altar.
Los votos alli te hiciera
fueron votos de dolor
arrancados al temor
de una alma tierna y sincera.
Cuando en el ara fatal
eterna fé te juraba,
me mente ¡ay Dios! se estasiaba
en la imagen de un mortal.
Imágen que vive en mí
hermosa, pura y constante...
No, tu poder no es bastante
a separarla de aqui.
Perdona, Dios de bondad,
perdona, sé que te ofendo:
vibra tu rayo remendo
y confunde mi impiedad.
Mas no puedo en mi inquietud

arrancar del corazon
esta violenta pasion,
que es mayor que mi virtud.
Tiempos en que amor solia
colmar piadoso mi afan,
qué os hicisteis? dónde estan
vuestra gloria y mi alegría?
De amor el suspiro tierno
y aquel placer sin igual,
tan breve para mi mal
aunque en mi memoria eterno?
Ya pasó... mi juventud
los tiranos marchitaron,
y á mi vida prepararon
junto al ara el atahud.
Ilusiones engañosas,
livianas como el placer,
no aumenteis mi padecer...
sois por mi mal tan hermosas!

Una voz, acompañada de un laud, canta las siguientes estrofas despues de un breve prelude: Leonor manifiesta entre tanto la mayor agitacion.

Camina orillas del Ebro
caballero lidiador,
puesta en la cuja la lanza
que mil contrarios venció.

*Despierta, Leonor,
Leonor.*

Buscando viene anhelante
a la prenda de su amor,
a su pesar consagrada
en los altares de Dios.

Despierta, Leonor,

Leonor.

Leo. Sueños, dejadme gozar...

no hay duda... él es... trovador (*Viendo entrar á Manrique.*)

Man. Leonor!

Leo. Gran Dios! ya puedo espirar.



ESCENA V.

MANRIQUE. LEONOR.

Man. Te encuentro al fin, Leonor.

Leo. Huye: qué has hecho?

Man Vengo á salvarte, á quebrantar osado
los grillos que te oprimen, á estrecharte
en mi seno, de amor enagenado.
Es verdad, Leonor? Dime si es cierto
que te estrecho en mis brazos, que respirar
para colmar hermosa mi esperanza,
y que estasiada de placer me miras.

Leo. Manrique...!

Man. Sí, tu amante que te adora
mas que nunca feliz.

Leo. Calla...!

Man. No temas;
todo en silencio está como el sepulcro.

Leo. Ay! ojalá que en él feliz durmiera
antes que delincuente profanara,
torpe esposa de Dios, su santo velo.

Man. Su esposa tú...? jamas.

Leo. Yo desdichada
yo no ofendiera con mi llanto al cielo.

Man. No, Leonor, tus votos indiscretos
no complacen á Dios; ellos le ultrajan.

Por qué temes? huyamos; nadie puede separarme de tí... tiembblas...? vacilas...?

Leo. Sí; Manrique...! Manrique...! ya no puedo ser tuya esta infeliz; nunca... mi vida, aunque llena de horror y de amargura, ya consagrada está, y eternamente, en las aras de un Dios omnipotente. Peligroso mortal, no mas goces envenenando ufano mi ecsistencia; demasiado sufrí, déjame al menos que triste muera aqui con mi conciencia.

Man. Esto aguardaba yo! Cuando creía que mas que nunca enamorada y tierna me esperabas ansiosa, asi te encuentro sorda á mi ruego, á mis halagos fria. Y tiembblas, di, de abamdonar las aras donde tu puro afecto y tu hermosura sacrificaste á Dios...? Pues qué...! no fueras antes conmigo que con Dios perjura? Sí, en una noche...

Leo. Por piedad!

Man. Te acuerdas?

En una noche plácida y tranquila... qué recuerdo. Leonor! nunca se aparta de aqui, del corazon: la lluna heria con moribunda luz tu frente hermosa, y de la noche el aura silenciosa nuestros suspiros tiernos confundia. "Nadie cual yo te amo," mil y mil veces me dijiste falaz: "Nadie en el mundo como yo puede amar;" y yo insensato fiaba en tu promesa seductora,

y feliz y estasiado en tu hermosura
con mi esperanza allí me halló la aurora.
Quimérica esperanza! quién diría
que la que tanto amor así juraba,
juramento y amor olvidaría!

Leo. Ten de mí compasión: si por tí tiemblo,
por tí y por mi virtud, no es harto triunfo?
Sí, yo te adoro aun; aquí en mi pecho,
como un raudal de abrasadora llama
que mi vida consume, eternos viven
tus recuerdos de amor; aquí, y por siempre,
por siempre aquí estarán, que en vano
bañada en lloro, ante el altar postrada,
mi pasión criminal lanzar del pecho.
No encones más mi endurecida llaga;
su aun amas á Leonor, huye, te ruego,
librame de tí.

Man. Que huya me dices...!
yo, que sé que me amas...!

Leo. No, no creas...
no puedo amarte yo... si te lo he dicho,
si perjuro mi labio te engañaba,
lo pudiste creer...? Yo lo decía,
pero mi corazón... te idolatraba.

Man. Encanto celestial! tanta ventura
puedo apenas creer.

Leo. Me compadeces...?

Man. Ese llanto, Leonor, no me lo ocultes;
deja que ansioso en mi delirio goce
un momento de amor; injusto he sido,
injusto para tí... vuelve tus ojos,
y mírame risueña y sin enojos.

Es verdad que en el mundo no hay delicia
para tí sin mi amor?

Leo. Lo dudas...?

Man. Vamos...
pronto huyamos de aquí.

Leo. Si ver pudieses
la lucha horrenda que mi pecho abriga!
Qué pretendes de mí? que infame, impura,
abandone el altar, y que te siga
amante tierna á mi deber perjura?
Mírame aquí á tus pies, seré tu esposa,
y tu esclava seré; pronto, un momento,
un momento pudiera descubrirnos,
y te perdiera entonces.

Man. Ángel mío!

Leo. Huyamos, sí... no ves allí en el claustro
una sombra...? gran Dios!

Man. No hay nadie, nadie...
fantástica ilusión.

Leo. Ven, no te alejes:
tengo miedo! no, no... te han visto... vete...
pronto, vete por Dios... mira el abismo
bajo mis pies abierto; no pretendas
precipitarte en él.

Man. Leonor, respira,
respira por piedad: yo te prometo
repetar tu virtud y tu ternura.
No alienta, sus sentidos trastornados...
me abandonan sus brazos... no, yo siento
su seno palpitar... Leonor! ya es tiempo
de huir de esta mansión, pero conmigo

vendrás tambien. Mi amor, angel hermoso.
No me juraste amarme eternamente
por el Dios que gobierna el firmamento?
ven á cumpirme, ven, tu juramento.



ESCENA VI.

Calle corta: á la izquierda se ve la fachada de una iglesia.

RUIZ. *Un momento despues* UN SOLDADO.

Ruiz. Es mucho tardar! me temo que esta dilacion... oiga!
quién va?

Sol. Ruiz?

Ruiz. El mismo: ah! eres tú? ha llegado la gente?

Sol. Ya está cerca del muro, pero la puerta está guardada.

Ruiz. Cómo! alguno nos ha vendido tal vez?

Sol. El rey ha salido esta noche de la ciudad.

Ruiz. Algo ha sabido.

Sol. Sin duda. Con cuántos hombres podemos contar dentro de
la ciudad?

Ruiz. Apenas llegan á ciento.

Sol. Bastan para atacar la puerta si nos ayudan los de fuera.

Ruiz. Dices bien.

Sol. Vamos.

Ruiz. (Y don Manrique?)

Sol. Yo...! no; pero queda mi señor todavía en el convento.

Ruiz. Diablo! ya... pero es cosa de un momento: un ataque
imprevisto por la espalda y por el frente... despues ya no
corre peligro.

Sol. Vamos.



ESCENA VII.

MANRIQUE. LEONOR.

Man. Alienta, en salvo estamos.

Leo. Ay!

Man. Ya vuelve...

Leo. Dónde estoy?

Man. En mis brazos, Leonor. (*Se oye dentro ruido lejano de armas.*)

Leo. Qué rumor es ese...?

Man. Cielos...! tal vez...

Leo. Adónde me llevas? Suéltame por Dios... no ves que te pierdes?

Man. Qué me importa, sino te pierdo á tí?

Leo. Pero que significa ese ruido?

Man. No es nada, nada.

Leo. Ese resplandor... esas luces que se divisan á lejos...

Man. Es verdad, pero no temas, estoy á tu lado.

Leo. No oyes estruendo de armas?

Man. Si, confusamente se percibe.

Leo. Si vienen en nuestra busca?

Man. No puede ser.

Leo. Pero esos hombres se acercan... he distinguido los penachos.

Man. No temas.

Leo. Qué van á hacer contigo? Huye, huye por Dios.

Man. Si fueran mis soldados...

Leo. Vete; se acercan... no los ves? es el conde!

Man. Don Nuño! es verdad... gran Dios! y he de perderte? (*Se oye tocar á rebato.*)

Leo. Escuchas?

Man. Sí, esta es la señal.

Dentro. Traicion, traicion.

Man. Estamos libres. (*Desembainando la espada.*)

Dentro. Traicion!

Leo. Qué haces?



ESCENA VIII.

En este momento salen por la izquierda DON NUÑO, DON GUILLEN, DON LOPE y SOLDADOS con luces, y por la derecha RUIZ y varios SOLDADOS que se colocan al lado de DON MANRIQUE: éste defenderá á LEONOR ocultándose entre los suyos y peleando con DON GUILLEN y DON NUÑO: entre tanto no cesarán de tocar á rebato.

Man. Aquí, mis valientes.

Nuño. Él es.

Gui. Traidor.

Leo. Piedad, piedad!



JORNADA CUARTA



La Revelacion.

JORNADA CUARTA.



El teatro representa un campamento con varias tiendas: algunos soldados se pasean por el fondo.

ESCENA PRIMERA.

DON NUÑO. DON GUILLEN. JIMENO.

Nuño. Bien venido, don Guillen:
ya cuidadoso esperaba
vuestra vuelta... Qué habeis visto?

Gui. Como mandásteis al alba
salí á explorar todo el campo
y me interné en la montaña.

Nuño. No encontrásteis los rebeldes?

Gui. Encerrados nos aguardan en Castellar.

Nuño. Nos esperan?

Gui. A tanto llega su audacia.

Nuño. Sabeis si está don Manrique?

Gui. Don Manrique es quien manda.

Nuño. Albricias, don Guillen; hoy
recobrareis vuestra hermana.

Gui. No sabeis cuál lo desero,
por lavar la torpe mancha
que esa pérfida ha estampado
en el blason de mis armas.
Alli con su seductor...
no quiero pensarlo... infamia
inaudita! y está alli...
y yo no voy á arrancarla
con el corazon villano
el torpe amor que la abrasa!

Nuño. Sosegaos.

Gui. No, no sosiega
el que asi de su prosapia
ve el blason envilecido...
Honrado nací en mi casa,
y á la tumba de mis padres
bajará mi honor sin mancha.

Nuño. Sin mancha, yo os lo prometo.

Gui. El traidro! que se escapara
la noche que en Zaragoza
entre el rumor de las armas
la arrancó del claustro!

Nuño. En vano
perseguirle procuraba:
se me ocultó entre los suyos...

Gui. Que bien pagaron su audacia.

Nuño. Que levanten esas tiendas
para ponernos en marcha

al instante... nos esperan!
Tienen mucha gente?

Gui. Basta
para guardar el castillo
la que he visto... y bien armada.
Catalanes son los mas,
y toda gente lozana.

Nuño. No importa: de Zaragoza
hoy nos llegaron cien lanzas
y seiscientos ballesteros
que nos hacian gran falta.
No se escaparán, si Dios
quiere ayudar nuestra causa.
Qué ruido es ese? (*Se oye dentro rumor y algazara.*)



ESCENA II.

LOS MISMOS. GUZMAN.

Guz. Señor?

Nuño. Qué motiva esa algazara?
Qué traeis?

Guz. Vuestros soldados
que por el campo rondaban
han preso á una bruja.

Nuño. Qué?

Guz. Sí señor, á una gitana.

Nuño. Por qué motivo?

Guz. Sospechan,
al ver que de huir trataba
cuando la vieron, que venga á espiar.

Nuño. Y por qué arman
ese alboroto? qué es eso? (*Mirando á dentro.*)

Guz. No veis como la maltratan?

Nuño. Traédmela, y que ninguno
sea atrevido á tocarla.



ESCENA III.

LOS MISMOS, *la AZUZENA conducida por soldados y con las manos atadas.*

Azu. Defendedme de esos hombres
que sin compasion me matan...
defendedme.

Nuño. Nada temas:
nadie te ofende.

Azu. Qué causa
he dado para que asi
me maltraten?

Gui. Desgraciada!

Nuño. Adónde ibas?

Azu. No sé...
por el mundo: una gitana
por todas partes camina,
y todo el mundo es su casa.

Nuño. No estuviste en Aragon
nunca?

Azu. Jamas.

Jimeno. Esa cara!

Nuño. Vienes de Castilla?

Azu. No;
viengo, señor, de Vizcaya,
que la luz primera vi

en sus aridas montañas.
Por largo tiempo he vivido
en sus crestas elevadas,
donde pobre y miserable
por dichosa me juzgaba.
Un hijo solo tenia,
y me dejo abandonada:
voy por el mundo á buscarle
que no tengo otra esperanza.
Y le quiero tanto! él es
el consuelo de mi alma,
señor, y el único apoyo
de mi vejez desdichada.
Ay! Sí... dejadme, por Dios,
que á buscar á mi hijo vaya,
decid que mal no me hagan.

Guz. Me hace sospechar, don Nuño.

Nuño. Teme, muger, si me engañas.

Azu. Quereis que os lo jure?

Nuño. No;

mas ten en cuenta que te habla
el conde de Luna.

Nuño. Vos! (*Sobresaltada.*)

Sois vos? (*Gran Dios*)

Jimeno. Esa cara!

Azu. Dejadme...

Dejadme que me vaya...

Jimeno. Irte...? Don Nuño, prendedla.

Azu. Por piedad no... Qué! no bastan
los golpes de esos impios,

que de dolor me traspasan?

Nuño. Que la suelten.

Jimeno. No, don Nuño.

Nuño. Está loca

Jimeno. Esa gitana
es la misma que á Don Juan
vuestro hermano...

Nuño. Qué oigo!

Azu. Calla!
no se lo digas, cruel,
que si lo sabe me mata.

Nuño. Atadla bien.

Azu. Por favor,
que esas cuerdas me quebrantan
las manos... Manrique, hijo,
ven á librarme.

Gui. Qué habla?

Azu. Ven, que llevan á morir
a tu madre.

Nuño. Tú, inhumana,
tú fuiste!

Azu. No me hagais mal,
os lo pido arrodillada...
tened compasion de mí.

Nuño. Llevadla de aqui... apartadla
de mi vista.

Azu. No fui yo;
ved, don Nuño, que os engañan.



ESCENA IV.

LOS MISMOS, *menos la* AZUZENA y SOLDADOS.

Nuño. Tomad, don Lope cien hombre,
y á Zaragoza llevadla:
vos de ella respondeis
con vuestra cabeza.

Gui. Marcha
el campo?

Nuño. Si, á Castellar.
Es hijo de una gitana...!
No lo oísteis, don Guillen,
que á Manrique demandaba?

Gui. Sí, sí...

Nuño. Pronto á Castellar,
que esta tardanza me mata...
Yo os prometo no dejar
una piedra en sus murallas.



ESCENA V.

Habitacion de Leonor en la torre de Castellar, con dos puertas laterales.

LEONOR. RUIZ.

Ruiz. Qué mandarme teneis?

Leo. Y don Manrique?

Ruiz. Aun reposando está.

(Leonor hace una seña, y se retira Ruiz.)

Leo. Duerme tranquilo

mientras la tempestad, mientras llorosa
tu amante criminal tiembla azorada.

Cuál es mi suerte? O Dios? Por qué tus aras
ilusa abandoné? La paz dichosa
que alli bajo las bóvedas sombrías
feliz gozaba tu perjura esposa...

Esposa yo de Dios? no puedo serlo;
jamás, nunca lo fui... tengo un amante
que me adora sin fin, y yo le adoro,
que no puedo olvidar solo un instante.

Ya con eternos vínculos el crimen
a su suerte me unió... nudo funesto,
nudo de maldicion que allá en su trono
enojado maldice un Dios terrible.



ESCENA VI.

LEONOR. MANRIQUE.

Leo. Manrique! eres tú?

Man. Si... Leonor querida.

Leo. Qué tienes?

Man. Yo no sé...

Leo. Por qué temblando
tu mano está? qué sientes?

Man. Nada, nada.

Leo. En vano me lo ocultas.

Man. Nada siento.

Estoy bueno... Qué dices? que temblaba
mi mano...? no... ilusion... nunca he temblado.
Ves cómo estoy tranquilo?

Leo. De otra suerte
me mirabas ayer... tu calma fria
es la horrorosa calma de la muerte.
Pero qué causa, dime, tus pesares?

Man. Quieres que te lo diga?

Leo. Si, lo quiero.

Man. Ningun temor real, nada que pueda
hacerte á tí infeliz ni entristecerte
causa mi turbacion... mi madre un dia
me conto cierta historia, triste, horrible,

que no puedes saber, y desde entonces
como un espectro me persigue eterna
una imagen atroz... no lo creyeras,
y á contartelo yo te entristeciera.

Leo. Pero...

Man. No temas, no; tan solo ha sido
un sueño, una ilusion, pero horrorosa...
un sudor frio aun por mi frente corre.
Soñaba yo que en silenciosa noche
cerca de la laguna que el pie besa
del alto Csatellar contigo estaba.
Todo en calma yacía; algun gemido
melancólico y triste
solo llegaba lúgubre á mi oido.
Trémulo como el viento en la laguna
triste brillaba el resplandor siniestro
de amarillenta luna.
Sentado alli en la orilla y á tu lado
pulsaba yo el laud, y en dulce trova
tu belleza y mi amor tierno cantaba,
y en triste melodía
el viento que en las aguas murmuraba
mi canto y tus suspiros repetia.
Mas súbito azaroso, de las aguas
entre el turbio vapor, cruzó luciente
relámpago de luz que hirió un
con brillo melancólico tu frente.
Yo vi un espectro que en la opuesta orilla
como ilusion fantástica vagaba
con paso misterioso,
y un quejido lanzando lastimoso
que el nocturno silencio interrumpia;
ya triste nos miraba,

ya con rostro infernal se sonreía.
De pronto el huracan cien y cien truenos
retumbando sacude,
y mil rayos cruzaron,
y el suelo y las montañas
á su estampido horrísono temblaron.
Y envuelta en humo la feroz fantasma
huyó, los brazos hácia mi tendiendo:
Véngame! dijo, y se lanzó á las nubes:
Véngame! por los aires repitiendo.
Frio con el pavor tendí mis brazos
adonde estabas tú... tú ya no estabas,
y solo hallé á mi lado
un esqueleto, y al tocarle osado
el polvo se deshizo, que violento
llevóse al punto retronando el viento.
Yo desperté azorado; mi cabeza
hecha estaba un volcan, turbios mis ojos;
mas logro verte al fin, tierna, apacible,
y tu sonrisa calma mis enojos.

Leo. Y un sueño solamente
te atemoriza así?

Man. No, ya no tiemblo,
ya todo lo olvidé... mira, esta noche
partiremos al fin de este castillo...
no quiero estar aquí.

Leo. Temes acaso...

Man. Tiemblo perderte: numerosa hueste
del rey usurpador viene á sitiarnos,
y este castillo es débil con extremo;
nada temo por mí, mas por tí temo.



ESCENA VII.

LOS MISMOS. RUIZ.

Man. Qué me vienes á anunciar?

Ruiz. Señor, ya el conde marchando
con la gente de su bando
se dirige á Castellar.
Todo lo lleva á cuchillo
y por lo montes avanza,
sin duda con la esperanza
de poner cerca al castillo.

Man. No osarán, que son traidores,
y es cobarde la traicion.

Man. Estas las noticias son
que traen nuestros corredores.
Demas por lo que advirtieron,
añaden que esta mañana
han cogido á una gitana
venir hácia acá vieron.

Ruiz. Una gitana...? y quién era?

Man. Quien puede saberlo... pues...

Ruiz. Cielos!

Man. Vieja dicen que es,
con sus puntas de hechicera.

Ruiz. (Es ella... y podré salvarla...?)
Avisa que á partir vamos...

ármense todos... (corramos
a lo menos á vergarla.)

Leo. Qué dices...? partir...

Man. Sí, sí...
qué te detienes?

Ruiz. Señor...

Man. Pronto, ó teme mi furor.

Leo. Y me dejarás aquí?



ESCENA VIII.

MANRIQUE. LEONOR.

Man. Un secreto, Leonor...
sé que vas á despreciarme;
ya era tiempo... esa gitana,
esa, Leonor, es mi madre.

Leo. Tu madre!

Man. Lloro si quieres,
maldíceme porque infame
uní tu orgullosa cuna
con mi cuna miserable.
Pero déjame que vaya
a salvarla si no es tarde;
si ha muerto, la ventaré
de su asesino cobarde.

Leo. Esto me faltaba...!

Man. Si;
yo no debia engañarte
por mas tiempo... vete, vete:
soy un hombre despreciable.

Leo. Nunca para mí.

Man. Eres noble,
y yo, quién soy? ya lo sabes.
Vete á encerrar con tu orgullo
bajo el techo de tus padres.

Leo. Con mi orgullo! tú te gozas,

cruel, en atormentarme.
Ten piedad...

Man. Pero soy libre
y fuerte para vengarme...
y me vengaré... lo dudas?

Leo. Si necesitas mi sangre
aquí la tienes.

Man. Leonor!
qué desgraciada en amarme
has sido! Por qué, infeliz,
mis amores escuchaste?
Y no me aborreces?

Leo. No.

Man. Sabes que presa mi madre
espera tal vez la muerte?
Venganza infame y cobarde!
qué espero yo...

Leo. Ven... no vayas...
mira, el corazón me late
y fatídico me anuncia
tu muerte.

Man. Llanto cobarde!
Por una madre morir,
Leonor, es muerte envidiable.
Quisieras tú que temblando
viera derramar su sangre,
o si salvarla pudiera
por salvarla no lidiase?

Leo. Pues bien, iré contigo;
allí correré á abrazarte
entre el horror y el estruendo

del fratricida combate.
Yo opondré mi pecho al hierro
que tu vida amenazare:
sí, y á falta de otro muro,
muro será mi cadáver.

Man. Ahora te conozco, ahora
te quiero mas.

Leo. Si tú partes
iré contigo; la muerte
a tu lado ha de encontrarme.

Man. Venir tú... no; en el castillo
queda custodia bastante
para tí... escuchas? á Dios. (*Suena un clarin.*)
El clarin llama al combate.

Leo. Un momento...

Man. Ya no puedo
detenerme ni un instante.



ESCENA IX.

LEONOR.

Manrique, espera... Partió
sin escucharme... inhumano!
por qué con delirio insano
mi corazón lo adoró?
Y en este tu amor? ay! ven...
no burles así tu suerte,
que allí te espera la muerte,
y está en mis brazos tu bien.
Ya no escuchas el clamor
de aquella Leonor querida... (*Vuelve á sonar el clarín.*)
Gran Dios! protege su vida,
te lo pido por tu amor.



[c]

JORNADA QUINTA



El Suplicio.

JORNADA QUINTA.



Inmediaciones de Zaragoza: á la izquierda vista de uno de los muros del palacio de la Alfajería, con una ventana cerrada con una fuerte reja.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR. RUIZ.

Ruiz. Ya estamos en Zaragoza
y es bien entrada la noche:
nadie conoceros puede.

Leo. Ruiz, no es esta la torre
de la Aljafería?

Ruiz. Sí.

Leo. Estan aquí las prisiones?

Ruiz. Ahí se suelen custodiar
los que á su rey son traidores.

Leo. Trajiste lo que te dije?

Ruiz. Aquí está^[1]: por un jarope
que no vale seis cornados...

Leo. El precio nada te importe.

Toma esa cadena tú.

Ruiz. Judío al fin.

Leo. No te enojés.

Ruiz. Diez maravedís de plata
me llevó el Iscariote.

Leo. Vete, Ruiz.

Ruiz. Os quedais
sola aquí? no, que me ahorquen
primero...

Leo. Quiero estar sola.

Ruiz. Si os empeñais... buenas noches.



ESCENA II.

LEONOR.

Esa es la torre; alli está,
y maldiciendo su suerte
espera triste la muerte
que no está lejos quizá.
Esas murallas sombrías,
esas rejas y esas puertas
al féretro solo abiertas,
verán tus últimos dias!
Por qué tan ciega le amé?
Infeliz! por qué, Dios mio,
con amante desvarío
mi vida consagré?
Mi amor se perdió, mi amor...
yo mi cariño maldigo,
pero moriré contigo
con veneno abrasador.
Si me quisiera escuchar
el conde...! si yo lograra
librarte así, qué importa...?
Sí, voy tu vida á salvar.
A Salvarte... no te asombre
si hoy olvido mi desden.

Dentro una voz. Hagan bien para hacer bien
por el alma de este hombre.

Leo. Ese lúgubre clamor...
ó tal vez lo escuché mal?

No, no... ya el hora fatal
ha llegado, trovador!
Manrique! partamos ya,
no perdamos un instante.

Dentro. Ay!

*Leo. Esa voz penetrante...
Si no fuera tiempo ya!*

*(Al querer partir se oye tocar un laud; un momento despues
canta dentro Manrique.)*

Despacio viene la muerte,
que está sorda á mi clamor:
para quien morir desea
despacio viene, por Dios.

*Ay! á Dios, Leonor,
Leonor.*

*Leo. Él es; y desea morir
cuando su vida es mi vida!
Si asi me viera afligida
por él al cielo pedir!*

*Dentro Man. No llores si á saber llegas
que me matan por traidor,
que el amarte es mi delito,
y en el amar no hay baldón.*

*Ay! á Dios, Leonor,
Leonor.*

*Leo. Que no llore yo, cruel!
No sabe cuánto le quiero.
Que no llore, cuando muero
en mi juventud por él!
Si á esa reja te asomaras*

y á Leonor vieras aqui,
tuvieras piedad de mí
y de mi amor no dudarás.
Aqui te buscan mis ojos
a la luz de las estrellas,
y oigo á par de tus querellas
el rumor de los cerrojos.
Y oigo en tu labio mi nombre
con mil suspiror tambien.

Dentro la voz. Hagan bien para hacer bien
por el alma de este hombre.

Leo. No, no morirás; yo iré
a salvarte: del tirano
feroz la sangrienta mano
con mi mano bañaré.
Temes? Leonor te responde
de su cariño y virtud.
Aun dudas con inquietud! (*Apura el pomo.*)
Ya no puedo ser del conde.



ESCENA III.

Cámara del conde de Luna: éste estará sentado cerca de una mesa, y don Guillen á su lado de pie.

DON NUÑO. DON GUILLEN.

Nuño. Vísteis, don Guillen, al reo?

Gui. Dispuesto á morir está.

Nuño. Don Lope...?

Gui. Presto vendrá.

Nuño. Que el punto llegue deseo.

No quiero que se dilate
el suplicio ni un momento;
cada instante es un tormento
que mi impaciencia combate.

Gui. Le avisaré?

Nuño. No, esperad...

Tardar no puede en venir.
Para ayudarle á morir
a un religioso avisad.
Y despachaos con presteza.

Gui. El hijo de una gitana!

Nuño. Cierto, diligencia es vana.

Gui. Mas no dais cuenta á su alteza?

Nuño. Para qué? Ocupado está
en la guerra de Valencia.

Gui. Si no aprueba la sentencia...

Nuño. Yo sé que la aprobaré.
Para aterrar la traicion
puso en mi mano la ley...
mientras aqui no esté el rey
yo soy el rey de Aragon.
Mas... vuestra hermana?

Gui. Yo mismo
nada de su suerte sé;
pero encontrala sabré
aunque la oculte el abismo.
Entonces su torpe amor
lavará con sangre impura...
Solo asi el honor cura,
y es muy sagrado el honor.

Nuño. Ni tanto rigor es bien
emplear.

Gui. Mi ilustre cuna...

Nuño. Si algo apreciáis al de Luna,
no la ofendais, don Guillen.

Gui. Teneis algo que mandar?

Nuño. Dejadme solo un instante.



ESCENA IV.

DON NUÑO. *despues* DON LOPE.

Nuño. Leonor, al fin en tu amante
tu desden voy á vengar.
Al fin en su sangre impura
a saciar voy mi rencor:
tambien yo puedo, Leonor,
gozarme en tu desventura.
Fatal tu hermosura ha sido
para mí, pero fatal
tambien será á mi rival,
A ese rival tan querido.
Tú lo quisiste; por él
mi ternura despreciaste...
Por qué, Leonor, no me amaste?
yo no fuera tan cruel.
Angel hermoso de amor,
yo como á un Dios te adoraba,
y tus caricias gozaba
un oscuro trovador.
Harto la suerte envidié
de un rival afortunado:
harto tiempo despreciado
su ventura contemplé.
Ah! perdonarle quisiera...
no soy tan perverso yo.
Pero es mi rival... no, no...
es necesario que muera.

Lope. Vuestras órdenes, señor,
se han cumplido; el reo espera
su sentencia.

Nuño. Y bien, que muera,
pues á su rey fue traidor.
A qué aguardais?

Lope. Si asi os plugo...

Nuño. No fue perjuro á la ley
y rebelde con su rey?
Pues bien, qué espera el verdugo?
Esta noche ha de morir.

Lope. Esta noche? pobre mozo!

Nuño. Junto la mismo calabozo...
entendeis?

Lope. No hay mas decir.

Nuño. La bruja...?

Lope. Con él está
es su misma prision.

Nuño. Bien.

Lope. Pero ha de morir?

Nuño. Tambien.

Lope. De que muerte morirá?

Nuño. Como su madre, en la hoguera.

Lope. Por último confesó
que á vuestro hermano mató?

Nuño. Molesto, don Lope, estais...
idos ya.

Lope. Señor, si pude
ofenderos...

Nuño. No lo dude.

Lope. Mi deber....

Nuño. Es que os vayais.

(Hace don Lope que se va, y vuelve.)

Lope. Perdonad; se me olvidaba
con la maldita hechicera.

Nuño. Don Lope!

Lope. Señor, ahí fuera
una dama os aguarda.

Nuño. Y qué objeto aquí la trae?
Dice quién es?

Lope. Encubierta
llegó, señor, á la puerta
que del campo de Toro cae.

Nuño. Que entre, pues: vos despejad.

Lope. El conde, señora, espera.

Nuño. Vos os podeis quedar fuera,
y hasta que os llame, aguardad.



ESCENA V.

DON NUÑO. LEONOR.

Leo. Me conoceis? (*Descubriéndose.*)

Nuño. Desgraciada!

Qué buskais, Leonor, aquí?

Leo. Me conoceis, conde?

Nuño. Sí,

por mi mal, desventurada,

por mi mal te conocí.

A qué viniste, Leonor?

Leo. Conde, dudarlo, quereis?

Nuño. Todavía el trovador...

Leo. Sé que todo lo podeis,

y que peligra mi amor.

Duélaos, don Nuño, mi mal.

Nuño. A eso viniste, ingrata,

a implorar por un rival?

por un rival! insensata!

mal conoceis al de Artal.

No, cuando en mis manos veo

la venganza apetecida,

cuando su sangre deseo...

imposible...!

Leo. No lo creo.

Nuño. Sí, creedlo por mi vida.

Largo tiempo tambien yo
aborrecido imploré
a quien mis ruegos no oyó,
y de mi afan se burló;
no pienses que lo olvidé.

Leo. Ah! conde, conde, piedad. (*Arrodillándose.*)

Nuño. La tuviste tú de mí?

Leo. Por todo un Dios.

Nuño. Apartad.

Leo. No, no me muevo de aqui.

Nuño. Pronto, Leonor, acabad.

Leo. Bien sabeis cuánto le amé;
mi pasion no se os enconde...

Nuño. Leonor!

Leo. Qué he dicho? no sé,
no sé lo que he dicho, conde:
quereis...? le aborreceré.
Aborrecerle! Dios mio!
y aun amaros á vos, sí,
amoros con desvarío
os prometo... amor impío,
digno de vos y de mí!

Nuño. Es tarde, es tarde, Leonor.
Y yo perdonar pudiera
infame seductor,
hijo de una hechicera?

Leo. No os apiada mi dolor?

Nuño. Apiadarme! mas y mas
me irrita, Leonor, tu lloro,

Que por él vertiendo estás:
no lo negaré, aun te adoro;
mas perdonarle? jamas.
Este noche, en el momento...
nada de piedad.

Leo. Cruel! (*Con ternura.*)
 Cuando en amarte consiento!

Nuño. Qué me importa tu tormento,
 si es por él, solo por él?

Leo. Por él, don Nuño, es verdad;
 por él con loca impiedad
 el altar he profanado.
 Y ho, insensata, le he amado
 con tan ciega liviandad!

Nuño. Un hombre oscuro...

Leo. Sí, sí...
 nunca mereció mi amor.

Nuño. Un soldado, un trovador...

Leo. Yo nunca os aborrecí.

Nuño. Que quieres de mí, Leonor?
 Por qué mi pasión enciendes,
 que ya entibiándose va?
 Di que engañarme pretendes,
 dime que de un Dios dependes,
 y amarme no puedes ya.

Leo. Qué importa, conde? no fui
 mil y mil veces perjura?
 Qué importa, si ya vendí
 de un amante la ternura,
 que á Dios olvide por tí?

Nuño. Me lo juras?

Leo. Partiremos
lejos, lejos de Aragon,
do felices viviremos,
y siempre nos amaremos
con acendrada pasion.

Nuño. Leonor... delicia inmortal!

Leo. Y tú en premio á mi ternura...

Nuño. Cuanto quieras.

Leo. Oh ventura!

Nuño. Corre, dile que el de Artal
su libertad asegura;
pero que huya de Aragon;
que no vuelva, lo has oido?

Leo. Sí, sí...

Nuño. Dile que atrevido
no persista en su traicion,
que tu amor ponga en olvido.

Leo. Sí... lo diré... (Dios eterno!
tu nombre bendeciré.)

Nuño. Cuidad, que os observaré.

Leo. (Ya no me aterra el infierno,
pues que su vida salvé.)



ESCENA VI.

Calabozo oscuro con una ventana con reja á la izquierda y una puerta en el mismo lado; otra ventana alta en el fondo cerrada.

Debajo de la ventana, y en un escaño, estará recostada la AZUZENA; en el lado opuesto MANRIQUE sentado.

Man. Dormis, madre mia?

Azu. No; bastante lo he deseado; pero el sueño huye de mis ojos.

Man. Teneis frio tal vez?

Azu. No... te he oido suspirar á menudo... ven aqui... qué tienes? por qué no me confias todos tus padecimientos? por qué no los depositas en el seno de una madre? Porque yo soy tu madre, y te quiero como á mi vida.

Man. Mis padecimientos!

Azu. He orado por tí toda la noche; es lo único que puedo hacer ya.

Man. Descansad un momento.

Azu. Yo quisiera escaparme de aqui, porque me sofoca el aire que aqui respiro... porque van á matarme. Pero tú me defenderás, tú no consentirás que te roben á tu madre.

Man. Gran Dios!

Azu. Pero estoy afligiendote de verdad?

Man. No; decid, decid lo que querais.

Azu. Tu no podrás socorrerme; vendrán muchos contra tí, y tus fuerzas se agotarán; pero no temas por mí, yo estoy libre de su furor.

Man. Vos?

Azu. Si, los tiranos no mandan sobre el sepulcro, ni el verdugo puede martirizar una carne que no siente. Acércate... mira esta frente pálida, no está pintada en ella la muerte?

Man. Qué decis?

Azu. Si, desde esta mañana he sentido que me abandonaban las fuerzas, que mis miembros se torcian: un velo de sangre ha ofuscado mas de una vez mis ojos, y un zumbido espantoso ha resonado continuamente en mis oídos... se me figuraba que oía el llamamiento á la eternidad... la eternidad! y yo voy á salir de esta vida con el alma enpozoñada...

Man. Por favor...

Azu. Y van á matarme...

Man. A mataros? por qué? porque sois mi madre y yo soy la causa de vuestra muerte! madre mia, perdon!

Azu. No temas, á qué llorar por mí? no, no tendrán el placer de tostarme como á mi madre: siento que mi vida se acaba por instantes, pero quisiera morir pronto. No es verdad que me llenarán de rabia cuando vengan á buscar una víctima y encuentren un cadáver, menos que un cadáver... un esqueleto? Ja... ja... ju...! Quisiera yo verlo para gozarme en su desesperacion. Cuando vean mis ojos quebrados, cuando toquen mi mano seca y fria como el marmol...

Man. No me atormenteis, por piedad.

Azu. Oyes? oyes ese ruido? mátame... pronto, para que no me lleven á la hoguera. Sabes tú qué tormento es el fuego?

Man. Y tendrán valor...

Azu. Si; lo tuvieron para mi madre: debe ser horroroso ese tormento... la hoguera! no sé qué de feroz esa palabra, que me hiela... la hoguera! y siempre la tengo delante, y siempre con sus llamas que queman, que quitan la vida con desesperados tormentos.

Man. No mas, no mas.

Azu. Me acuerdo de cuando achicharraron á tu abuela; iba cubierta de harapos, sus cabellos, negros como las alas de un cuervo, ocultaban casi enteramente su cara: yo, tendida en el suelo, arañando frenética mi rostro, habia apartado mis ojos de aquel espectáculo, que no podia soportar: pero mi madre me llamó, y yo corrí hasta los pies del cadalso... los verdugos me rechazaron con aspereza, no me dejaron darla siquiera un beso, y la metieron en el fuego... Todavía retiembla en mi oido el acento de aquel grito desesperado que le arrancó el dolor... debe ser horrible, precisamente horrible, ese suplicio: aquel grito desentonado espresaba todos los tormentos del cuerpo, y los verdugos se reían de sus visages, porque la llama habia quemado sus cabellos, y sus facciones contraídas, convulsas, y sus ojos desencajados, daban á su rostro unas espersion infernal... Y esto les hacia reir!

Man. No podeis olvidar todo eso? Por qué no procurais descansar?

Azu. Sí, eso queria, pero... y la hoguera? y si durmiente me llevan á la hoguerra?

Man. No, no vendrán.

Azu. Me lo prometes tú?

Man. Os lo ofrezco, made mia: podeis reposar un momento.

Azu. Tengo mucha necesidad de dormir. He estado despierta tanto tiempo! Dormiré, y luego nos iremos: qué razón hay para que no nos dejen ir? Cuando sea de día... pero aqui no se sabe cuando es de dia... aunque sea de noche, á cualquier hora, sí, porque quiero respirar; aqui me ahogo.

Man. (Qué tormento!)

Azu. Y correremos por la montaña, y tú cantarás mientras yo estaré durmiendo sin temor á esos verdugos, ni á ese suplicio de fuego.

Man. Descansad.

Azu. Voy... pero calla... calla... (*Se queda dormida.*)

(*Un momento de silencio.*)

Man. Duerme, duerme, madre mia,
mientras yo te guardo el sueño,
y un porvenir risueño
durmiendo allá te sonría.
Al menos, ay! mientras dura
su sueño, no acongojado
veré tu rostro bañado
con lágrimas de amargura.



ESCENA VII.

MANRIQUE. LEONOR. AZUZENA.

Leo. Manrique!

Man. No es ilusion?

Leo. Yo, sí... yo soy:
a tu lado al fin estoy
para calmar tu afliccion.

Man. Sí, tú sola mi delirio
puedes, hermosa, calmar:
ven, Leonor, á consolar
amorasa mi martirio.

Leo. No pierdas tiempo, por Dios...

Man. Siéntate á mi lado, ven.
Debes tú morir tambien?
muramos juntos los dos.

Leo. No, que en libertad estás.

Man. En libertad?

Leo. Sí, ya el conde...

Man. Don Nuño, Leonor? responde,
responde... cielo! esto mas?
Tu á implorar por mi perdon
del tirano á los pies fuiste...!
Quizá tambien le vendiste
mi amor y tu corazon.
No quiero la libertad

a tanta costa comprada.

Leo. Tú vida...

Man. Qué importa? nada...

quítamela, por piedad;
clava en mi pecho un puñal
antes que verte perjura,
llena de amor y ternura
en los brazos de un rival.
La vida! es algo la vida?
un doble martirio, un yugo...
llama, que venga el verdugo
con el hacha enrojecida.

Leo. Qué debí hacer? si supieras

lo que he sufrido por tí
no me insultaras así
y á mas me compadecieras.
Pero huye, vete, por Dios,
y bástete ya saber
que suya no puedo ser.

Man. Pues bien, partamos los dos:
mi madre también vendrá.

Leo. Tú solamente.

Man. No, no.

Leo. Pronto, vete.

Man. Solo yo!

Leo. Que nos observan quizá.

Man. Qué importa? aquí moriré,
moriremos, madre mía!
tú sola no fuiste impía
de un hijo tierno á la fé.

Leo. Manrique!

Man. Ya no hay amor
en el mundo, no hay virtud.

Leo. Qué te dice mi inquietud?

Man. Tarde conocí mi error.

Leo. Si vieras cuál se estremece
mi corazón! por qué, di,
obstinarte? hazlo por mí,
por lo que tu amor padece.
Sí. este momento quizá...
no ves cuál tiemblo? quisiera
ocultarlo si pudiera:
pero no, no es tiempo ya.
Bien sé que soy tu aflicción
a aumentar, pero ya es hora
de que sepas cuál te adora
la que acusas sin razón.
Aborréceme, es mi suerte;
maldíceme si te agrada,
mas toca mi frente helada
con el hielo de la muerte.
Tócala, y si hay en tu seno
un resto de compasión,
alivia mi corazón,
que abraza un voraz veneno.

Man. Un veneno...! y es verdad?
y yo ingrato te ofendí
cuando muriendo por mí...
un veneno...

Leo. Por piedad,
ven aquí por compasión

a consolar mi agonía:
no sabes que te quería
con todo mi corazón?

Man. Me matas.

Leo. Manrique, aquí,
aquí me siento abrasar.
Ay! ay! quisiera llorar,
y no hay lágrimas en mí.
Ay juventud malograda
por tiranos perseguida!
Perder tan pronto una vida
para amarte consagrada!

*(se ve brillar un momento el resplandor de una luz en la
ventana de la izquierda.)*

Mira, Manrique, esa luz...
vienen á buscarte ya:
no te apartes, ven acá,
por el que murió en la cruz!

Man. Que vengan... ya entregaré
mi cuello sin resistir:
lo quiero, anhelo morir...
muy pronto te seguiré.

Leo. Ay! acércate...

Man. Amor mio...!

Leo. Me muero, me muero ya
sin remedio, dónde está
tu mano?

Man. Qué horrible frío!

Leo. Para siempre... ya...

Man. Leonor!

Leo. A Dios...! á Di...os...!

(Espira: un momento de pausa.)

Man. La he perdido!

Ese lúgubre gemido...!
es el último de amor.
Silencio, silencio; ya
viene el verdugo por mí...
allí está el cadalso, allí,
y Leonor aquí está.
Corta es la distancia, vamos,
que ya el suplicio me espera.

(Tropieza con Azuzena.)

Quién estaba aquí? quién era?

Azu. Es hora de que partamos? *(Entre sueños.)*

Man. A morir? dispuesto estoy...

mas no, esperad un instante:
a contemplar su semblante,
a adorarla otra vez voy.
Aquí está... dadme el laud:
en trova triste y llorosa,
en endecha lastimosa
os cantaré su virtud.
Una corona de flores
dadme también; en su frente
será aureola luciente,
será diadema de amores.
Dadme, veréisla brillar
en su frente hermosa y pura;
mas llorad su desventura
como á mí me veis llorar.
Qué funesto resplandor!
tan pronto viene por mí?

el verdugo es aquel... sí:
tiene el rostro de traidor.



ESCENA VIII.

Los de la escena anterior. DON NUÑO. DON GUILLEN. DON LOPE, y
SOLDADOS *con luces.*

Nuño. Leonor?

Man. Quién la llama? por qué vienen
a apartarla de mí? la desdichada
ya á nadie puede amar. Si yo pudiera ocultarla á sus ojos!

(La cubre con su ferreruelo, que tendrá al lado.)

Nuño. Leonor?

Man. Calla...

No turbes el silencio de la muerte.

Nuño. Donde está Leonor?

Man. Dónde? aqui estaba.

Venid á arrebatármela de la tumba?

Nuño. Ha muerto?

Man. Si... Ya ha muerto

(Descubriendo el rostro pálido de Leonor.)

Gui. Quién... mi hermana!

Man. Ya no palpita el corazon; sus ojos
ha cerrado la muerte despiadada.
Apartad esas luces; mi amargura
piadosos respetad... no me acordaba (*A D. Nuño.*)
Sí, tú eres el verdugo! acaso buscas
una víctima... ven... ya preparada

para la muerte está.

Nuño. LLevadle al punto,
llevadle, digo, y su cabeza caiga.

(Varios soldados rodean á Manrique.)

Man. Muy pronto, sí...

Nuño. Marchad...

Man. Qué miro! vamos... *(Reparando en Azuzena.)*

no le digais, por Dios, á la cuitada
que va su hijo á morir... madre infelice!
Hasta la tumba, á Dios... *(Al salir.)*



ESCENA IX.

LOS MISMOS, *menos* MANRIQUE.

Azu. Quién me llamaba? (*Incorporándose.*)

Él era, él era; ingrato! se ha marchado
sin llevarme también.

Nuño. Desventurado!

Conoce al fin tu suerte.

Azu. El hijo mío!

Nuño. Ven á verle morir.

Azu. Qué dices? Calla!

Morir! morir...! no, madre, yo no puedo;
perdóname, le quiero con el alma.
Esperad, esperad...

Nuño. Llevadla.

Azu. Conde!

Nuño. Que le mire espirar.

Azu. Una palabra,
un secreto terrible; has que suspendan
el suplicio un momento.

Nuño. No llevadla.

(*La toma por una mano, y la arrastra hasta la ventana.*)

Ven, muger infernal!... goza de tu triunfo.
Mira el verdugo, y en su mano el hacha
que va pronto á caer...

(So oye un golpe, que figura ser el de la cuchilla.)

Azu. Ay! esa sangre!

Nuño. Alumbrad á la víctima, alumbradla.

Azu. Sí, sí... luces... él es... tu hermano, imbécil!

Nuño. Mi hermano, maldicion...!

(La arroja al suelo empujándola con furor.)

Azu. Ya estás vengada.

(Con un gesto de amargura, y espira.)

FIN.

EL TROVADOR, *drama caballeresco, en cinco jornadas, en prosa y verso.*
Su autor D. ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ.

Mariano José de Larra

Con placer cogemos la pluma para analizar esta producción dramática, que tanto promete para lo sucesivo en quien con ella empieza su carrera literaria, y que tan brillante acogida ha merecido al público de la capital. Sígale muchas como ella, y los que presumen que abrigamos una pasión dominante de criticar á toda costa y de morder á diestro y siniestro, verán cuán presto cae de nuestras manos el látigo que para enderezar tuertos ajenos tenemos hace tanto tiempo empuñado.

El autor de *El Trovador* se ha presentado en la arena, nuevo lidiador, sin títulos literarios, sin antecedentes políticos; solo y desconocido, la ha recorrido bizarramente al son de las preguntas multiplicadas: «Quién es el nuevo, quién es el atrevido?»; y la ha recorrido para salir de ella victorioso. Entonces ha alzado la visera, y ha podido alzarla con noble orgullo, respondiendo á las diversas interrogaciones de los curiosos espectadores: «Soy hijo del genio, y pertenezco á la aristocracia del talento». ¡Origen por cierto bien ilustre, aristocracia que ha de arrollar al fin todas las demás!

El poeta ha imaginado un asunto fantástico e ideal y ha escogido por vivienda á su invención el siglo XV; halo colocado en Aragón, y lo ha enlazado con los disturbios promovidos por el conde de Urgel.

Con respecto al plan no titubearemos en decir que es rico, valientemente concebido y atinadamente desenvuelto. La acción encierra mucho interés, y éste crece por grados hasta el desenlace.

Sin embargo, no es la pasión dominante del drama el amor; otra pasión, si menos tierna, no menos terrible y poderosa, oscurece aquélla: la venganza. No hace mucho tiempo tuvimos ocasión de repetir que es perjudicial al efecto teatral la acumulación de tantos medios de mover; en *El Trovador* constituyen verdaderamente dos acciones principales, que en todas las partes del drama se revelan á nuestra vista rivalizando una con otra. Así es que hay dos exposiciones: una enterándonos del lance concerniente á la Gitana, que constituye ella por sí sola una acción

dramática; y otra poniéndonos al corriente del amor de Manrique, contrarrestado por el del conde, que constituye otra. Y dos desenlaces: uno que termina con la muerte de Leonor la parte en que domina el amor; otro que da fin con la muerte de Manrique á la venganza de la Gitana.

Estas dos acciones dramáticas, no menos interesantes, no menos terribles una que otra, se hallan, á pesar de la duplicidad, tan perfectamente enclavijadas, tan dependientes entre sí, que fuera difícil separarlas sin recíproco perjuicio; y en el teatro sólo así daremos siempre carta blanca á los defectos.

De aquí resultan necesariamente tres caracteres igualmente principales, y en resumen ningún verdadero protagonista, por más que, refundiéndose todos esos intereses encontrados en el solo Manrique, pueda éste arrogarse el título de la obra exclusivamente. Pero si nos preguntan cuál de los tres caracteres elegimos como más importante, nos veremos embarazados para responder; el amor hace emprender á Leonor cuanto la pasión más frenética puede inspirar á una mujer: el olvido de los suyos, el sacrificio de su amor á Dios, el perjurio y el sacrilegio, la muerte misma. Hasta aquí parece difícil que otro carácter pueda ser el principal; sin embargo, la Gitana, movida de la venganza, empieza por quemar su propio hijo, y reserva el del conde de Luna para el más espantoso desquite que de su enemigo puede tomar. Don Manrique mismo, en fin, movido por su pasión, por el amor filial y por el interés de su causa política, no puede ser más colosal, ni necesitaba el auxilio de otros resortes tan fuertes como el que le mueve á él para llevarse la atención del público.

Diremos al llegar aquí lo que francamente nos parece? Todos los defectos de que la crítica puede hacer cargo á *El Trovador* nacen de la poca experiencia dramática del autor; esto no es hacerle una reconvención, porque pedirle en la primera obra lo que sólo el tiempo y el uso pueden dar sería una injusticia. Ha imaginado un plan vasto, un plan más bien de novela que de drama, y ha inventado una magnífica novela; pero al reducir á los límites estrechos del teatro una concepción demasiado amplia, ha tenido que luchar con la pequeñez del molde.

De aquí el que muchas entradas y salidas estén poco justificadas; entre otras la del proscrito Manrique en Zaragoza y en palacio, en la primera

jornada; la del mismo en el convento en la segunda; su introducción en la celda de Leonor en la tercera, cosa harto difícil en todos tiempos para que no mereciera una explicación. Tampoco es natural que el conde don Nuño, que debe desconfiar mucho de las proposiciones tardías de una mujer que ha preferido el convento á su mano, la deje ir al calabozo del Trovador, y más cuando no es siquiera portadora de ninguna orden suya para ponerle en libertad, sin la cual seguramente no puede bastar ni servir de nada la concesión lograda. No somos esclavos de las reglas, creemos que muchas de las que se han creído necesarias hasta el día son ridículas en el teatro, donde ningún efecto puede haber sin que se establezca un cambio de concesiones entre el poeta y el público; pero no consideremos tales justificaciones como reglas, sino como medios seguros de mayor efecto; evitemos por su medio, siempre que la verosimilitud lo exija, que el espectador tenga que invertir en pedirse razón de los sucesos el tiempo que debería atender á las bellezas del desempeño; y todos convendrán conmigo en que es indispensable preparar y justificar cuanto pueda dar lugar á la menor duda.

La exposición es poco ingeniosa, es una escena desatada del drama; es más bien un prólogo; citaremos, por último, en apoyo de la opinión que hemos emitido acerca de la inexperiencia dramática, los diálogos mismos; por más bien escritos que estén, los en prosa semejan diálogos de novela, que hubieran necesitado más campo, y los en verso tienen un sabor en general más lírico que dramático: el diálogo es poco cortado e interrumpido, como convendría á la rapidez, al delirio de la pasión, á la viveza de la escena.

Pero qué son estos ligeros defectos, y que acaso no lo serán sólo porque á nosotros nos lo parezcan, comparados con las muchas bellezas que encierra *El Trovador*? Las costumbres del tiempo se hallan bien observadas, aunque no quisiéramos ver el don prodigado en el siglo XV. Los caracteres sostenidos, y en general maestramente acabadas las jornadas; en algunos efectos teatrales se halla desmentida la inexperiencia que hemos reprochado al autor: citaremos la linda escena que tan bien remata la primera jornada, la cual reúne al mérito que le acabamos de atribuir una valentía y una concisión, un sabor caballeresco y calderoniano difícil de igualar.

De mucho más efecto es el fin de la segunda jornada, terminada con la aparición del Trovador á la vuelta de las religiosas; su estancia en la escena durante la ceremonia, la ignorancia en que está de la suerte de su amada y el cántico lejano, acompañado del órgano, son de un efecto maravilloso; y no es menos de alabar la economía con que está escrito el final, donde una sola palabra inútil no se entromete á retardar ó debilitar las sensaciones.

Igual mérito tiene el desenlace del drama, que tenemos citado más arriba, y en todos estos pasajes reconocemos un instinto dramático seguro, y que nos es fiador de que no será este el último triunfo del autor.

Como modelos de ternura y de dulcísima y fácil versificación, citaremos la escena cuarta de la primera jornada entre Leonor y Manrique.

Quiérese otro ejemplo de la difícil facilidad de que habla Moratín? Léase el monólogo con que principia la escena cuarta de la jornada tercera, en que el poeta además pinta con maestría la lucha que divide el pecho de Leonor entre su amor y el sacrificio que á Dios acaba de hacer; y el trozo del sueño contado por Manrique en la escena sexta de la cuarta, si bien tiene más de lírico que de dramático.

Diremos en conclusión que el autor, al decidirse á escribir en prosa y en verso su drama, adoptaba voluntariamente una nueva dificultad; es más difícil á un poeta escribir bien en prosa que en verso, porque la armonía del verso está encontrada en el ritmo y la rima, y en la prosa ha de crearla el escritor, pues la prosa tiene también su armonía peculiar; las escenas en prosa tenían el inconveniente de luchar con el sonsonete de las versificadas, de que no deja de prendarse algún tanto el público; y luego necesitaba el poeta desplegar algún tino en la determinación de las que había de escribir en prosa y las que había de versificar, pues que se entiende que no había de hacerlo á diestro y siniestro.

Tanto esta libertad como la frecuente mudanza de escena no las disputaremos á ningún poeta, siempre que sean, como en *El Trovador*, indispensables, naturales y en obsequio del efecto. Sólo quisiéramos que no pasase un año entero entre la primera y la segunda jornada, pues mucho menos tiempo bastaría.

En cuanto á la repartición, hala trastocado toda en nuestro entender una antigua preocupación de bastidores; se cree que el primer galán debe de

hacer siempre el primer enamorado, preocupación que fecha desde los tiempos de Naharro, y á la cual debemos en las comedias de nuestro teatro antiguo las indispensables relaciones de dama y galán, sin las cuales no se hubiera representado tiempos atrás comedia ninguna. Sin otro motivo se ha dado el papel del Trovador al señor Latorre, á quien de ninguna manera convenía, como casi ningún papel tierno y amoroso. Su físico, y la índole de su talento, se prestan mejor á los caracteres duros y enérgicos; por tanto le hubiera convenido más bien el papel del conde don Nuño. Todo lo contrario sucede con el señor Romea, que debiera haber hecho el Trovador.

Por la misma razón el papel de la Gitana ha estado mal dado. Ésta era la creación más original, más nueva del drama, el carácter más difícil también, y por consiguiente el de mayor lucimiento; si la señora Rodríguez es la primera actriz de estos teatros, ella debiera haberlo hecho, y aunque hubiese estado fea y hubiese parecido vieja, si es que la señora Rodríguez puede parecer nunca fea ni vieja. El carácter de Leonor es de aquellos cuyo éxito está en el papel mismo; no hay más que decirlo: una actriz como la señora Rodríguez debiera despreciar triunfos tan fáciles.

Felicítamos, en fin, de nuevo al autor, y sólo nos resta hacer mención de una novedad introducida por el público en nuestros teatros: los espectadores pidieron á voces que saliese el autor; levantose el telón y el modesto ingenio apareció para recoger numerosos bravos y nuevas señales de aprobación.

En un país donde la literatura apenas tiene más premio que la gloria, sea ése siquiera lo más lato posible; acostumbrémonos á honrar públicamente el talento, que ésa es la primera protección que puede dispensarle un pueblo, y ésa la única también que no pueden los gobiernos arrebatarse.

El Español, núms. 125 y 126, 4 y 5 de marzo de 1836.

Firmado: *Fígaro*.

[Artículo aparecido en *El Español. Diario de las Doctrinas y los Intereses Sociales*, n.º 125, viernes 4 de marzo de 1836, Madrid, firmado

por *Fígaro*, seudónimo de Mariano José de Larra.

El original del artículo aparecido en *El Español* —que mantiene diferencias con el aquí presentado— puede consultarse en la [edición facsímil](#) de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. y en las siguientes ediciones de las obras de Larra:

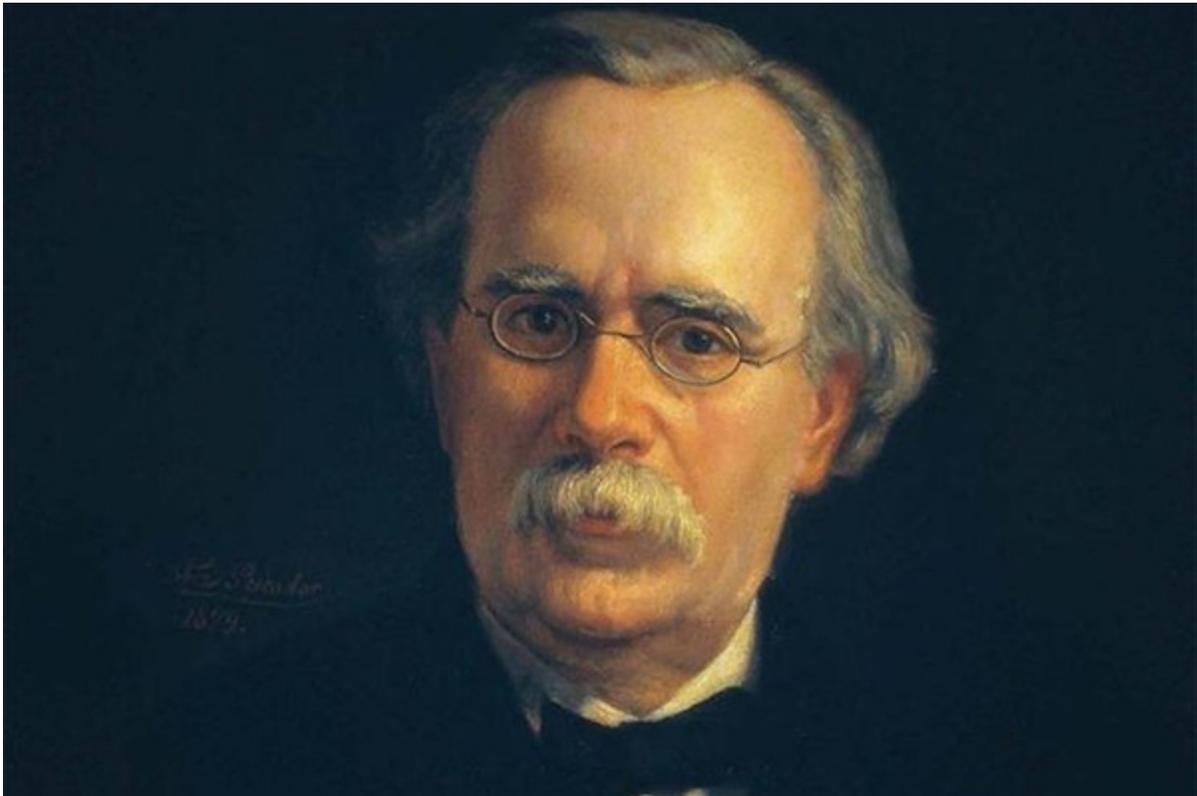
—*Fígaro. Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*, ed. Alejandro Pérez Vidal, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 480-485;

—*Artículos*, ed. de Enrique Rubio, Madrid, Cátedra, 1982, pp. 362-368;

—*Artículos de crítica literaria y artística*, ed. José R. Lomba y Pedraja, Madrid, Espasa-Calpe, 1975, pp. 190-209;

—*Artículos*, ed. Carlos Seco Serrano, Barcelona, Planeta, 1981, pp. 502-507;

—*Obras completas de D. Mariano José de Larra (Fígaro)*, ed. Montaner y Simon, Barcelona, 1886.]



ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ (Chiclana, 1813— Madrid, 1884), fue dramaturgo, zarzuelista, poeta y escritor romántico.

Vino al mundo en una época y en una zona en la que predominaban las ideas liberales que marcarían su vida y su obra. Como literato, se le nota tempranamente la influencia de la lectura de las obras de Larra.

De joven empezó colaborando en diversas publicaciones, y como gran conocedor del idioma francés tradujo obras de autores galos como Alejandro Dumas. También de muy joven le vino el éxito y la fama con el drama romántico *El trovador*, drama en prosa y verso en la que se ve la influencia de Larra, y cuyo estreno —cuentan las crónicas de la época— fue el más aplaudido y aclamado por el público que le hizo subir al escenario á saludar, iniciando esa costumbre que ha perdurado hasta ahora en los estrenos teatrales.

La repercusión de esta obra fue enorme fuera de España, especialmente en Italia, donde Giuseppe Verdi, que atravesaba por entonces una etapa de gran

inspiración, da forma á su ópera *Il Trovatore* en 1853, con libreto de Salvatore Cammarano, creando para ella su aria *Di quella pira*, una de las partituras más logradas de su autor. También mereció otra adaptación operística otro de sus éxitos: *Simón Bocanegra*, que publicó en 1843.

De su Chiclana natal pasó á vivir á la capital, á donde iban á residir la mayoría de los autores de éxito. Tras residir varios años en América, tuvo varios trabajos diplomáticos en Londres, Francia e Italia, alternados con estancias en Madrid donde fue miembro de la Real Academia Española y director del Museo Arqueológico Nacional.

Antonio García Gutiérrez dejó traslucir su ideología liberal y sus inquietudes sociales en dramas históricos como *La Venganza catalana*, *Juan Lorenzo*, *El tesorero del rey*, *El encubierto de Valencia* o *El rey monje*; y en dramas sociales como *Sendas opuestas*, *Los desposorios de Inés*, *Un grano de arena*, *Los millonarios* y *El caballero de industria*. Escribió también numerosas comedias como *Crisálida y mariposa*; y zarzuelas como *El Grumete*, *La cacería real*, y *Llamada y tropa*. Melodramas como *Nobleza obliga*. También fue autor de obras líricas como *Poesías* y *Luz y tinieblas* que no tuvieron tanto éxito como la versificación de sus dramas históricos, á excepción del poema *¡Abajo los Borbones!* (1868), compuesto al triunfar la revolución de ese año y que se hizo muy popular.

Aunque no fue muy prolijo en la escritura en andaluz sí que hemos encontrado una de sus obras en andaluz: la parodia titulada *Los hijos del tío Tronera*.

Notas

[a] En la presente edición se han mantenido las normas ortográficas de la edición de 1836, a partir de la cual se ha realizado esta. (N. del E. D.). <<

[b] En la edición original los finales de escena llevan imagen solo cuando el espacio sobrante en la página es el justo para incluir una imagen, con el fin de evitar que los inicios de escena aparecieran huérfanos al final de página. En esta edición se ha preferido, por motivos estéticos igualmente, completar todos los finales de escena repitiendo las imágenes de la edición original. (N. del E. D.). <<

[c] En este final de jornada en la edición original no aparece ninguna imagen, al carecer la página impresa de espacio para esta —práctica común en la ediciones en papel—, pero en esta edición digital, sin las estrecheces de espacio, se ha preferido completar con la imagen de la *Jornada primera*. (N. del E. D.). <<

[1] Saca un pomo de plata, que entrega á Leonor. (N. del A.) <<